

# FINIS GLORIAE MUNDI

Fulcanelli

## Nota introductoria

Confieso haberme quedado sorprendido -y no es para menos, incluso debo decir que me quedé estupefacto- cuando a finales de julio de 1999 recibí una larga carta fechada a 25 de julio de 1999 a la que se adjuntaba un manuscrito que llevaba por título Finis Glorïae Mundi. Busqué inmediatamente la firma de esta carta y mi sorpresa se multiplicó cuando leí la última línea: Vuestro Fulcanelli, Frater Adeptus Heliopolitensis.

Ciertamente conocía muy bien la obra firmada "Fulcanelli" gracias a mi fiel amigo Canseliet a quien tuve el honor -y después el placer- de encontrar por primera vez en 1934 gracias a Paul Le Cour, cuando yo tenía nueve años.

Me acordaba de la primera frase del Prefacio de Eugène Canseliet a la segunda edición de Las Moradas Filosofales, escrita en febrero de 1958 y publicada en 1960 en las ediciones Champs Elysées Omnium Litteraire. Tanto más cuanto que el fundador de esta editorial, Jean Lavritch, que se había casado con Sonia Bentkousky, una amiga de mi madre, había sido el editor de Paul Le Cour. A través de este último fue además como Eugène Canseliet había conocido "L'Omnium Litteraire".

Me permito recordar esta primera frase:

"Las Moradas filosofales que tenemos el honor de prologar de nuevo no debía ser el último libro de Fulcanelli. Con el título de Finis Glorïae Mundi (El fin de la gloria del mundo) existía una tercera parte que su autor retiró y que hubiese elevado la obra didáctica a la trilogía alquímica más extraordinaria"

Eugène Canseliet me había dedicado esta segunda edición.

"A Jacques d'Ares, como testimonio de fiel afecto, esta obra que ya conoce bien, y en la que un Filósofo-Adepto examina para nuestro siglo la Ciencia que constituye el fundamento material de la Filosofía atlante.

Avenida de los Campos Elíseos, este viernes 9 de septiembre de 1960. E. Canseliet".

De hecho yo ya conocía no sólo Las Moradas Filosofales sino igualmente El misterio de las Catedrales, habiéndolas leído en su primera edición, una y otra

dedicadas por Eugène Canseliet a Paul Le Cour (Tuve la suerte insigne de vivir junto a Paul Le Cour desde 1933 hasta su muerte en 1954). Estos volúmenes desaparecieron cuando, en mi presencia, el autor de La era de Acuario<sup>i</sup> sufrió, ¡ay!, un registro de la Gestapo que se llevó un número importante de obras de su biblioteca.

Paul Le Cour había sido el primero en los medios filosófico-esotéricos de la época en reseñar El misterio de las catedrales en enero de 1927, en la revista AEsculape en la que colaboraba. Igualmente apareció un amplio resumen de Las Moradas Filosóficas firmado por Paul Le Cour en 1931.

La carta del 25 de julio a mí dirigida empezaba así:

"Muy querido Jacques:

"He aquí una manera muy particular de felicitaros en vuestro santo; esperamos sin embargo que el don que representa no pese en absoluto sobre vuestra conciencia. Hemos decidido enviaros nuestra última obra. No es, aunque lleva el mismo título, la que retiramos a nuestro leal y muy buen discípulo Eugène Canseliet, hace ya de eso más de 70 años. Nos pareció entonces que si habían llegado los signos de hacer públicos el modus operandi de la vía seca, los tiempos no estaban, ¡ay!, todavía maduros para desvelar arcanos del ars brevis. Nuestra prudencia fue ampliamente confirmada por lallegada y crecimiento de esa plaga inmundada que fue el nazismo." <sup>ii</sup>

Más adelante la misma carta precisa:

"Así que hemos vuelto a poner en el bastidor nuestro Finis Glorae Mundi liberado de las escorias de la inexperiencia y teniendo en cuenta las más recientes locuras humanas. Publíquela Vd. a su conveniencia, pues nos es penoso volver sobre nuestras propias huellas volviendo a tomar el nombre de Fulcanelli que drena ya demasiadas quimeras románticas para que nuestra serenidad se mantenga. Pero como sin duda sabe Vd., el juramento de Heliópolis nos impone el deber de ayudar y cuidar, y no podemos sustraernos al mismo por más tiempo. Sin embargo no intente contactarnos. Como los antiguos Rosacruces permanecemos visibles e invisibles y nadie llegará hasta nosotros por simple curiosidad, ni incluso por necesidades de la enseñanza, a fortiori para intentar forzarnos a servir intereses que rechazamos. Es por lo que hemos escogido este medio informático para llegar a Vd., más seguro para nuestro anonimato que un envío especial cuyo sello proporcionaría algunos indicios a quienes quisieran jugar a detectives de lo oculto."

En efecto el manuscrito, acompañado por la carta, me llegó por Internet a través del Centro Européen des Mythes & Légendes del cual soy uno de los Presidentes de honor. Tengo la debilidad de pensar que lo uno explica lo otro. En mi opinión, esta vía llamada informática puede transmitir, y transmite, tanto lo mejor, digamos lo que viene del Espíritu, como lo peor, es decir lo

satánico; dicha antinomia constituye a mis ojos una de las características más flagrantes de este "fin de los tiempos" (que no tiene nada que ver con lo que algunos llaman "el fin del mundo") y ello en relación estrecha con los textos sagrados.

Me planteé la pregunta ¿a cuál de estas dos categorías pertenece el manuscrito que me ha sido enviado? Su lectura me hizo comprender que esta obra pertenecía sin duda alguna posible a la primera categoría, a la del Espíritu.

La fecha de 25 de julio, fiesta del apóstol Santiago el Mayor, en que se envió este manuscrito evidentemente no es fortuita puesto que el peregrinaje a Santiago de Compostela reviste incuestionablemente un carácter alquímico, siendo la transfiguración el fin último de este viaje.

Pero el hecho de que esta fecha sea la de mi santo patrón no explicaba suficientemente por qué era yo quien había sido escogido para recibir este don, yo que nunca había trabajado el horno. Verdad es que nunca he sido ajeno a las preocupaciones alquímicas y he ido tres veces a Compostela por diferentes caminos. Además, recuerdo veinticinco programas de radio que hice en la O.R.T.F. –Inter-Varietés, julio 1964- con el célebre Compagnon de la Tour de France Raoul Vergez, con el título ¿Están vivos, son de piedra?. Realizamos un verdadero peregrinaje saliendo del Mont Saint Michel para acabar en Compostela, presentando y comentando al pasar los más importantes edificios cristianos que jalonan el peregrinaje. En Notre Dame de Paris, mirando al célebre personaje esculpido en el medallón de la puerta central a los pies de Cristo que Fulcanelli dice que representa la alquimia, el periodista que nos entrevistaba me preguntó a quemarropa: "Para Vd., Jacques d'Ares, ¿qué es la alquimia?" Le respondí inmediatamente: "Para mí la alquimia es la ciencia de la vida". Al día siguiente, Canseliet que había escuchado la emisión me telefoneó para decirme: "Jacques, con eso ha dado Vd. la mejor definición de la alquimia".

De hecho, la carta de Fulcanelli me daba la respuesta en su último pasaje:

"No me pregunte Vd. demasiado sobre las razones que motivaron la elección unánime de su persona para recibir este depósito, son de lo más sencillo. Escoger a uno de los herederos en el arte de nuestro fiel Canseliet, no hubiese dejado de atizar fastidiosas envidias, rencores y dudas perjudiciales a su trabajo. Conocemos y honramos la integridad de Vd. y en Vd. vemos al heredero de Paul Le Cour y de Phileas Lebesgue quienes supieron acoger y alentar a nuestro propio alumno cuando se encontró sólo en su laboratorio. Reciba Vd. en contrapartida este don de confianza del que estamos seguros que Vd. sabrá hacer buen uso".

Me vi obligado a reconocer lo bien fundado de la argumentación. Tanto más cuanto que había conocido a Phileas Lebesgue en la misma época; y fue Paul

Le Cour quien lo puso en contacto con el Maestro de Savignies, hasta el punto de que éste fue el ejecutor testamentario de Phileas Lebesgue.

Una primera pregunta me vino entonces al espíritu: ¿podía descubrirse quien se ocultaba tras el seudónimo de Fulcanelli? Desde 1926, y más especialmente desde 1929, año de la aparición de la segunda hoja del tríptico de Fulcanelli, no han dejado de abordarse toda clase de hipótesis sin prueba alguna segura e incluso sin ningún indicio serio, contradichas las unas por las otras. ¡Algunos incluso se han atrevido a hablar de camelo! ¡Calidad como la de Fulcanelli nos gustaría tenerla más frecuentemente! Pero subrayaré que cuando después de tres milenios se plantea la cuestión de saber si Homero ha existido y seguimos sin respuesta, nos vemos obligado a constatar la existencia de la *Iliada* y la *Odisea*, obras a las que se reconoce un enorme interés. Igual ocurre con la obra firmada por Fulcanelli. Esta obra cuyo valor es incuestionable está ahí y ha sido escrita por una mano humana (¿o por varias manos?)

Por mi parte siempre pensé que *El misterio de las catedrales* y *Las moradas filosofales* eran la expresión escrita, bajo el nombre de Fulcanelli, del Colegio de los Hermanos de Heliópolis, de los que se reclamaba Eugène Canseliet discípulo indidable del Adepto. Pues bien, en la carta de envío del manuscrito que aquí se presenta se precisa a mi intención: "Sepa Vd. también que no somos en nuestro opúsculo sino el heraldo del Colegio de los Adeptos". Lo que confirma perfectamente mi intuición.

Por añadidura, esta búsqueda obstinada de un autor identificable me parece vana y concerniente solamente al "haber" mientras que en estas circunstancias sólo debería contar "el Ser". Además son constatables numerosas contradicciones (¿quizás voluntarias?) que no pueden resolverse. Me viene al espíritu una de ellas. Se dice y escribe habitualmente que Fulcanelli habría retirado su tercer manuscrito justamente tras la publicación por el editor Jean Schemit (al que he conocido personalmente) de la primera edición de *Las moradas filosofales* en 1929, y que Fulcanelli habría desaparecido en 1930. Ahora bien, el mismo Eugène Canseliet escribe en el primer párrafo de su Prefacio a la primera edición del *Misterio de las catedrales*, fechada en Octubre de 1925, las siguientes líneas:

"El autor de este libro no está, desde hace ya mucho tiempo, entre nosotros. El hombre se ha borrado. Sólo flota su recuerdo".

Dicho de otra manera, conviene buscar siempre el Espíritu y no la letra. Era pues necesario intentar asegurarse –en la medida de lo posible– que este *Finis Gloriam Mundi* estaba efectivamente y de manera estricta en la línea de Fulcanelli. Y que por lo tanto era del mismo autor. La lectura atenta me ha convencido que era en efecto del Adepto Fulcanelli.

En primer lugar volvemos a encontrar en este texto consideraciones

incuestionables sobre la evolución de nuestras civilizaciones que justifican ampliamente el título de la Obra. Ya era así hace setenta años, pero la aceleración de la historia se ha amplificado de tal manera que se comprende que el autor haya vuelto "a poner sobre el bastidor" su obra.

A continuación, según el método ya utilizado en las dos obras precedentes, se dan indicaciones preciosas sobre el "modus operandi", veladas intencionadamente como se debe, para desvelar los arcanos del ars brevis -lo que nunca se había hecho- a quienes intentan aproximarse al Adeptado. Mil detalles vienen a confirmar en cada página la identidad de pensamiento a través de las tres obras del Maestro, constatándose sin embargo una progresión en la ampliación de este pensamiento desde El misterio de las Catedrales hasta Finis Gloriam Mundi lo que me parece de una lógica inalterable en función del fin profundo de esta magistral trilogía.

Para mí está fuera de cuestión analizar o comentar todos los elementos apasionantes que esmaltan esta obra incluso si, en algunos detalles, sería posible sorprenderse ante algunas formulaciones. Esta reflexión sólo me concierne a mí. Por el contrario, el lector descubrirá un comentario bastante extraordinario de la Tabla de esmeralda. Igualmente respecto al secreto alquímico podría reflexionarse en la frase siguiente: "El deber de un alquimista consiste hoy en revelar lo que los ladrones han robado y proporcionar a sus víctimas los medios de asegurar su propia salvaguardia". También en lo concerniente a la fecha (?) del "fin de la gloria del mundo", cuando Fulcanelli escribe: "Si, como hemos escrito, conviene llegar a la hora suprema con sangre fría, nunca recomendamos asustar a los pueblos con paparruchas ni fechar con una hora totalmente humana el fin de los tiempos. Para el alquimista con que guste las primicias de ello cuando la trompeta resuene en su crisol".

Resulta que Fulcanelli me confía su último trabajo el mismo año del centenario del nacimiento de su discípulo Eugène Canseliet. Eso no me parece una casualidad. Mientras da la impresión que algunas personas se complacen en minimizar -es lo menos que se puede decir- el conjunto de la obra de Canseliet, pienso que este Finis Gloriam Mundi viene por el contrario a subrayar la importancia de sus trabajos. Como mínimo conviene reconocer su aportación extraordinaria para mantener en este materialista siglo XX la Tradición hermética que tanta importancia tuvo a lo largo de los siglos. Ello me recuerda la reflexión que René Alleau hizo en un banquete que yo había organizado en honor de Eugène Canseliet con motivo de su 80 cumpleaños, deplorando que no enseñaran la historia de la Alquimia en la Universidad. El maestro de Savignies lo ha hecho a su manera transmitiendo lo esencial de la Tradición, permitiendo así que algunos prosigamos más o menos felizmente

sus investigaciones en este terreno excepcional.

Un buen número de nuestros contemporáneos y especialmente algunos investigadores y dirigentes, no son más que "especialistas" lo que es muy grave en una época en la que todos los dominios de la vida se entrecruzan a escala mundial. Carecen de ese "espíritu de síntesis" propio de quienes aplican la célebre fórmula orare, orare et laborare (reza, reza y trabaja) y volviéndose aprendices de brujo no pueden asir las consecuencias de la profunda transformación del mundo que padecemos. El nuevo texto de Fulcanelli es particularmente relevante al respecto en la introducción de Finis Gloriam Mundi.

Estas consideraciones se inscriben perfectamente tanto en la línea de las reflexiones de Phileas Lebesgue en su notable *Au delà des grammaires* y en el conjunto de su obra, como en las de Paul Le Cour (muerto en 1954) expresadas en su más célebre libro *L'Ere du Versau et le plus proche avenir de l'humanité*.<sup>iii</sup> Por cierto este libro retuvo particularmente la atención de Eugène Canseliet. A menudo lo sacábamos a colación en nuestras charlas asociando al mismo el pensamiento de Phleas Lebesgue quien, a su manera, fue un incuestionable precursor en la materia. Paul Le Cour y Phileas Lebesgue se complementaban perfectamente.

El lector comprenderá así por qué Fulcanelli me consideraba como el heredero espiritual de Paul Le Cour y Phileas Lebesgue cuyas obras se inscriben perfectamente en la línea preparatoria de este *Finis Gloriam Mundi*, título perfectamente revelador.<sup>iiii</sup>

Así, la trilogía de Fulcanelli forma un todo perfectamente coherente y es normal que este libro escrito en la urgencia sea el último que firme Fulcanelli. Teniendo en cuenta lo que precede y atendiendo a su actualidad me convencí rápidamente de la necesidad de publicar esta tercera parte. Pero ¿a quién confiarla? Conozco varios editores, la mayor parte amigos, entre los cuales algunos son especialistas en el terreno de la Alquimia. ¿Cómo elegir? Topé con la misma dificultad que Fulcanelli para escoger el depositario de su última obra, Considerando el hecho de que el texto me llegó a través del sitio Internet del Centre Européen des Mythes et Legendes<sup>v</sup> me dirigí naturalmente a su Presidente, Jean Marc Savary, él mismo editor en el terrenos del hermetismo de calidad, alejado de los "grandes montajes comerciales". Además, conociendo su integridad personal desde hace mucho me pareció normal confiarle este manuscrito como una "antorcha" tradicional y él ha aceptado realizar esta tarea, por lo que le estoy agradecido.

En este mismo espíritu me permito precisar que no percibiré ningún derecho de autor. La publicación de este libro me parece saludable, lo que comprende perfectamente el editor Liber Mirabilis.

Hago votos porque el lector pueda realizar en sí, gracias a la "Ciencia de la Vida" el equilibrio perfecto simbolizado por la Esmeralda hexagonal, lo que sin duda le permitirá, a sus espaldas pero de manera positiva, participar en la renovación del mundo. Fulcanelli y su discípulo Eugène Canseliet, Adeptos ejemplares no deseaban otra cosa.

Jacques d' ARES  
Presidente de honor del  
Centro Europeo de Mitos y Leyendas.

## Introducción

No es costumbre que un Adepto vuelva a coger la pluma después de haber franqueado su propia transmutación y sólo razones imperiosas que ponen en juego el destino de la humanidad entera han podido convencernos para que rompamos esta regla, habitualmente inquebrantable, y abandonemos el manto de silencio con el que se cubre quien pasa por las ascuas del Fénix.

Si uno de nuestros discípulos, a saber, nuestro leal seguidor Eugène Canseliet, creyó oportuno dar alguna vana resonancia mundana al nombre que abanderaba nuestra obra aún incompleta, que esta niñería sirva hoy al menos como sello a la advertencia que, (ay!, tenemos que hacer en estos días tumultuosos en los que el hombre está como suspendido entre el abismo y la regeneración y en los que el error sería literalmente fatal. Esta obra no es el manuscrito que una vez retiramos de las manos del querido Canseliet; aquel antiguo trabajo, imperfecto, no hubiera sino extraviado sino a quien busca, como buscamos nosotros mismos durante un tiempo: fue arrojado a las llamas sin remordimientos. (Insondable presunción la del hombre! Tuvimos la audacia de escrutar el fin y la renovación de los tiempos antes que se hubieran operado en nuestro propio crisol y que la experiencia nos enseñara las últimas sutilezas del arte. Sin embargo, la humanidad ha alcanzado un umbral de los más peligrosos, sobre cuya proximidad ya habíamos hecho una advertencia sin ambigüedades; reiteramos pues, con la insistencia que exige la inminencia del peligro, las necesarias advertencias que quizás le eviten adentrarse más por caminos en los que la perdición sería irreversible.

El Sr. Bergier tuvo otrora la cortesía de hacerse eco de las advertencias que le hicimos en su tiempo, cuando sus colegas y él mismo trataban de desencadenar las considerables energías encerradas en la estructura profunda de la materia <sup>1</sup>. Los hombres de ciencia eran entonces niños maravillados aunque nosotros no teníamos ilusión alguna sobre el alcance de su tarea. La ciencia moderna ha vuelto hoy a encontrar numerosos secretos alquímicos sin que este emparentamiento cada vez más estrecho haya generado en los nuevos sopladores la acuidad de conciencia y la disciplina espiritual necesaria para dirigir la Obra. Además de los riesgos de naturaleza física siempre presentes con ocasión de una manipulación desconsiderada de determinadas fuerzas, los efectos de estos tejemanejes sobre los propios investigadores y, poco a poco, sobre las poblaciones humanas en su conjunto, podrían revelarse nefastísimos incluso antes de ser descubiertos por conciencias atrofiadas. El arte del V.I.T.R.I.O.L. <sup>2</sup> exige una prudencia de la cual puede temerse que estén faltos quienes se dejan dominar por la ebriedad de su propio poder, si sigue siendo completamente externo y, por ello, ilusorio.



Abordar las temibles cuestiones del fin y la renovación de los tiempos significa, paradójicamente, sondear los orígenes. Cuando recogimos a Eugène Canseliet las líneas demasiado apresuradamente escritas al respecto, las exploraciones arqueológicas no habían desvelado sino una ínfima parte de la oscuridad que rodea el nacimiento del hombre. Ahora el asunto se ha aclarado a condición de tener en cuenta todos los datos de un problema más complejo de lo que pensábamos. Las enseñanzas de la paleontología han barrido quimeras para enfrentarnos al misterio. Según los trabajos de los Srs. Wilson, Cann y Stoneking sobre el ADN mitocondrial<sup>3</sup>, habría que pensar en aproximadamente 50.000 años de silencio entre la aparición biológica del hombre llamado "moderno" -nuestra humanidad- y sus primeras expresiones mediante herramientas y el arte rupestre. La humanidad no se habría vuelto hacia la transformación de la materia sino muy tardíamente. ¿Qué fueron estos "aproximadamente 50.000 años" que representan una vuelta de rueda del Gran Año precesional? ¿Nos aproximamos al fin de la segunda vuelta de rueda complementaria que, por el contrario, vive el hervidero de las obras humanas? Sometidos a la implacable verificación del crisol, las revelaciones transmitidas por las tradiciones una nitidez que barre cualquier especulación puramente intelectual. Nos habíamos adherido a la doctrina de las cuatro Edades<sup>4</sup> creyendo al Libro de Daniel, confirmado por Hesíodo entre los griegos<sup>5</sup> y por los hindúes. Esta doctrina es verídica; pero todavía hace falta de entenderla de otra manera que como un engranaje mecánico pues no consiste sino en un desarrollo cósmico de determinadas fases de la Obra o su inversión. En este terreno una comprensión parcial o excesivamente simplista sería más peligrosa que la vulgar ilusión metafísica del progreso lineal o de las evoluciones al azar.

Nos es particularmente penoso constatar que algunos de nuestros antiguos discípulos han cedido a la tentación de una lectura lineal o de una interpretación estrecha de los ciclos temporales que regulan el destino del cosmos. Sin embargo los habíamos advertido: "Los Filósofos aseguran ellos mismos que nunca hablan más oscuramente que cuando parecen expresarse con precisión; así su aparente claridad engaña a quienes se dejan seducir por el sentido literal, y no verifican en absoluto si coincide o no con la observación, con la razón y con las posibilidades de la naturaleza"<sup>6</sup>

¡Los extraviados hubieran podido comprobar si la inversión de los polos, tal como se la imaginan leyendo con la fe del carbonero nuestra exégesis del obelisco de Danmartin-sous-Tigeaux obedece a estas últimas!

Ateniéndose al arte del loro aumentaron el descarrío de los hombres de inteligencia escasa y, ¡ay!, contribuyeron a reforzar las más turbias actividades de sopladores que intentan apropiarse de una función demiúrgica propiamente

luciferina. No es nuestra intención poner aquí de manifiesto cada uno de sus errores, y la utilización que han hecho de nuestro nombre nos deja indiferentes: pero importa rectificar lo que los aprendices brujos han empezado que, en la fina punta de la hélice cíclica, tendría consecuencias incalculables.

Este libro, escrito desde la urgencia, será el último que firmará Fulcanelli. Podemos tras eso, habiendo cumplido el deber que nos incumbe, volver a entrar en el Silencio del adeptado y no obrar más que según las vías que requiere este estado.

### Finis Glorïae Mundi

El hospital de la Santa Caridad de Sevilla conserva un muy curioso cuadro de Valdés Leal<sup>7</sup> que no dudaríamos en calificar como filosófico. Este pintor del siglo XVII, contemporáneo de Zurbarán y Murillo, representa como ellos lo que los críticos de arte consideran los principios del realismo español, el cual contempla implacablemente las miserias materiales y morales de ese tiempo. España apenas había pasado el Siglo de Oro y, arruinada por las guerras, perdía una tras otras sus ricas provincias del norte de Europa: sus conquistas americanas ya no bastaban para asegurarle la supremacía. Con el oro y la plata del Perú parece haber recogido en estas tierras lejanas un gusto bárbaro por la muerte y la crueldad y, mientras las naciones europeas hacían la guerra finamente, trazaban el mapa de Tendre<sup>8</sup> y se preparaban para la bucólica, España exaltaba la inquisición, encendía los autos de fe y perseguía con el mismo rigor a sus sabios y a sus místicos. Pese a ello, y al igual que en el resto de Europa, florecieron escuelas de alquimistas en Santiago de Compostela y en Sevilla; sin embargo debieron operar en una clandestinidad casi total, encubiertos por boticas, tanerías o industrias para preparar los colores necesarios a los pintores; los hidalgos o los monjes que instalaron sus hornos en el interior de castillos y conventos tuvieron que encontrar una razón plausible para frenar las habladurías, por lo general la fabricación de remedios, pues su estado no les protegía contra una acusación de brujería o de herejía que inmediatamente les habría conducido a la hoguera o a la cárcel. Por lo tanto no encontraremos ni en Galicia ni en Andalucía esas composiciones mitológicas o simbólicas que nos hemos complacido en descifrar en Las moradas filosofales. Los artistas españoles y especialmente Juan Valdés Leal transmitieron los secretos de la obra a través de temas religiosos y, más raramente, picarescos. Finis Glorïae Mundi representa, sin duda alguna al respecto, el mensaje más acabado de la escuela hermética sevillana. Por encima de un sepulcro en el que yacen, en ataúdes abiertos, tres

cuerpos en diferentes estadios de aparente descomposición, las nubes se abren sobre una mano elegante y casi femenina marcada por los estigmas de la pasión, que tiene una balanza cuyos dos platillos desbordantes se equilibran timbrados con las palabras ni más ni menos.<sup>9</sup>

Delante de una escalera débilmente alumbrada que parece subir hacia un mundo más acogedor, quizás el mismo mundo del que sale la mano fatídica, la lechuza de Minerva vela la metamorfosis de los cadáveres. En primer plano yace un obispo con capa y mitra de oro muy pálido, casi blancas, que todavía mantiene su báculo de oro entre sus manos cruzadas sobre el pecho, en tanto que el terciopelo escarlata que cubre el ataúd se desgarrar y comienza a dejar ver la madera de roble de la que está hecho. En segundo plano, la cabeza a los pies del primer personaje, reposa un caballero que, como atestigua la bandera que lo cubre, perteneció a una de las órdenes religiosas militares, Calatrava, San Juan o Santiago que fueron, tanto en sentido propio como figurado, avanzadilla de la Reconquista. El tercer ataúd, completamente al fondo, no contiene sino un esqueleto sin atributos, a los pies del cual se amontonan huesos y cráneos desencajados. Delante del obispo, una filacteria serpentea descuidadamente por el suelo y lleva estas palabras: Finis Gloriae Mundi. El conjunto de la escena está bañado por una luz purpúrea que, más que iluminar, apenas tiñe las nubes fuliginosas en las que se funden las paredes del sepulcro. La mayoría de los historiadores del arte no han visto en este lienzo sino una alegoría moral: las vanidades del mundo no pasan la tumba y están condenadas a la podredumbre, hasta el anonimato del osario final. La balñanza en la que se amontonan los atributos de los nobles personajes acostados en su último sueño tendría el sentido del Mané, tecel, fares,<sup>10</sup>bíblico. Esta interpretación, que por cierto no compartimos, no explica ninguna de las sutilezas del cuadro, de los más sugerentes en cuanto a la lectura alquímica que debe hacerse de él; si lo interpretamos así aparece entonces como una obra mayor del filósofo químico que seguramente fue Valdés Leal.

Los platillos de la balanza parecen perfectamente equilibrados, aunque una mirada atenta descubriría un ligero sobrepeso en el de la derecha, que contiene los símbolos litúrgicos y está suspendido encima del cuerpo del caballero. Porque aquí los símbolos están cruzados: sobre el obispo vemos los símbolos de la caballería, yelmo, perro y joyas marcadas con un corazón escarlata, mientras que encima del caballero distinguimos una estola, un pan empezado, un libro, un almirez de cristal con su mazo, y el corazón rojo rematado por la cruz. Este cambio de platillos a la hora de la pesada de los corazones y la disposición invertida de los dos personajes designan una vía muy poco evocada en los escritos alquímicos, a la que nosotros mismos no dedicamos sino escasas alusiones, conocida como vía real. Raimundo Lulio, al

consagrarle el *Ars Brevis* no describe sino sus principios y de manera particularmente oscura. Si esta vía permite conseguir rápidamente la Piedra, su práctica es de las más peligrosas; el dominio de las medidas y equilibrios es esencial a ella en cada momento de un trabajo realizado temiblemente a ciegas.

Los hábitos litúrgicos blancos que viste el obispo no se llevan sino en dos épocas, Navidad y Pascua, el nacimiento del niño y la resurrección, que transcurren ambas en el seno de la negrura de una gruta. Los Padres griegos de la iglesia ya establecen la analogía entre la tumba y el nacimiento, las vendas que envuelven al recién nacido y las que mantienen el sudario. En Navidad, Dios muere para nacer hombre limitado; durante la Semana Santa este último muere para que en la mañana de Pascuas surja en su perfección el hombre-Dios.

Lo que aquí se nos muestra con un simbolismo cristiano fue conocido por los egipcios cuando representaban a Path atado en la mina –muerte de Neter y nacimiento al mundo bajo la forma limitada de una piedra opaca- y liberado después por la leona Sekhmet, llama viva y devoradora. Esta segunda operación de muerte y resurrección debía llevarse con la mayor prudencia pues si Sekhmet escapaba al control, la potencia de Path, liberada demasiado bruscamente, se volvía devastadora como lo ha comprendido muy bien, única entre todos los egiptólogos, la señora Isha Schwaller de Lubicz.<sup>11</sup>

Es también lo que han descubierto a lo largo de este siglo los sabios atomistas. No los denostaremos por haber intentado leer las hojas más internas del *Liber Naturae*, pero nos parece extraordinariamente lamentable que su primera preocupación haya sido la puesta a punto de la bomba A. Si el cuadro de Valdés Leal tiene un sentido muy preciso en cuanto al perfeccionamiento de los metales, y acabamos de ver por las indicaciones litúrgicas que las dos operaciones que abren y acaban el trabajo se parecen pero cruzan sus significados, la elección de los personajes implica una advertencia de las más ocultas que hubiera sido, como mínimo, inoportuno desvelar claramente antes de hoy. Vemos a un obispo, a un caballero y a un hombre sin atributos particulares, que debemos suponer campesino o artesano: estamos ante las tres órdenes, oradores, bellatores y laboratores.<sup>12</sup> En ellos leeremos la alegría de las tres operaciones que acaban la obra en la materia: recogida del espíritu celeste, combate de las dos naturalezas, humilde trabajo en la oscuridad, cada una de las cuales necesita la virtud de cada uno de los tres estados. Se trata también de las tres maestrías necesarias al obrero en la conducta del arte, la del *ars sacer*, la de la iniciación caballeresca o *ars regis*, finalmente la del *compagnon* realizado o magisterio. Con esta elección Valdés Leal sugiere que, a una mayor escala, los procesos alquímicos se aplican a las sociedades humanas.,

revelación que entonces no podía osarse sino bajo el manto de una meditación religiosa. Observemos al respecto que en la sociedad medieval los maestros reconocidos de las tres órdenes tuvieron derecho a llevar blasón; no estaba en el espíritu de la época, al menos mientras no se extravió debido a ambiciones exageradas o mercantiles, jerarquizar las órdenes a semejanza de las castas rígidas aparecidas en la decadencia de la India. El mismo Majabaratra reconoce que la pertenencia a las castas no se deriva del solo nacimiento sino, en primer lugar, del temperamento tal como lo definían los escritos ayurvédicos.<sup>13</sup> Las órdenes tradicionales poseen una marca visible sobre las mismas virtudes, que en alquimia llamamos sal, azufre y mercurio.

Este último secreto de Hermes, a saber, la aplicación del arte a las sociedades humanas, no debía desvelarse nunca, ni incluso en la transmisión oral del maestro al aprendiz, antes de que el artista no la hubiera descubierto por la observación minuciosa de su crisol y de la naturaleza. Pero, ¡ay!, en este siglo algunos han creído atinado arrancar los velos de Istar más bien que incitarle a un desnudamiento progresivo en el curso de su bajada a los infiernos de Ereshkigal. Este descenso evocado por el V.I.T.R.I.O.L de los filósofos<sup>14</sup> se ve en el cuadro bajo la forma de la escalera vigilada por la lechuza de Minerva, pájaro cuya mirada penetra la oscuridad, faro para la travesía de la noche esencial.

Subrayemos que la lechuza se mantiene a la altura de los platillos de la balanza divina. Juan de Valdés Leal insiste sobre la necesidad del equilibrio, de una regulación de los procesos y la mano celeste que sostiene la balanza indica claramente que esta regulación debe venir de lo alto, de la parte ya sublimada de la materia, del hombre, o de la naturaleza, puesto que aunque la mano lleve los estigmas de la Pasión, parece la mano de una mujer. La naturaleza entonces, cuando cumpliera su Pascua, estaría en su perfección. Pero aquí reside un arcano temible que todavía es inoportuno desvelar más claramente.

No carece de consecuencias que los hombres de ciencia, contrariamente a esta prudencia completamente filosófica, hayan dejado el control de su obra a los nuevos príncipes de la política. Los Adeptos del pasado siempre pusieron en guardia a sus discípulos contra el apetito de riquezas y poder de los reyes. La alquimia de las sociedades humanas que sugiere Valdés Leal sigue las mismas vías que el perfeccionamiento de la materia mineral y sabemos qué dificultades acarrea la explosión accidental del crisol; sabemos a qué traumatismos, por usar un lenguaje contemporáneo, se expone el "laborante" y cuán larga y penosa será la curación que le permita volver a empezar el trabajo en el laboratorio. Arrojar la bomba A sobre Hiroshima no sólo fue criminal por los sufrimientos infligidos a las víctimas directas, sino también por la

conmoción en el alma y en el espíritu de la humanidad que de ello resultó. El crimen se multiplicó por diez por la fecha escogida, el 6 de agosto, fiesta litúrgica de la Transfiguración de la que el fognazo atómico representaba una falsificación literalmente dia-bólica<sup>15</sup>. Que, a continuación, los sabios hayan encontrado los medios de regular la actividad de Sekhmet para fabricar electricidad no corrige este primer seísmo. Por ahí habría que haber empezado si lo que verdaderamente se quería era realizar a escala industrial lo que los filósofos no intentaban a lo largo de toda su vida más que sobre algunas onzas de materia. Hay que subrayar además que en las centrales nucleares la obra casi no va más allá del estado preparatorio, de ahí la acumulación de tantos desechos envenenados cuya actual "retirada" no es más que una farsa siniestra. Puede esperarse sin duda que, con una mayor experiencia, con el envejecimiento de las centrales y la necesidad de sustituirlas, los sabios atomistas encontrarán maneras más canónicas de acabar el trabajo que tan imprudentemente han empezado.

Desde la primera experiencia del Sr. Rutheford en 1912 hasta los aceleradores gigantes de partículas como los del CERN<sup>16</sup> o los de Brookhaven, los físicos se han contentado con romper la materia para descubrir su estructura interna. No son sino bombardeos violentos las más de las veces mediante flujo de neutrones, que vienen a alterar la delicada arquitectura de los núcleos atómicos; con el choque los físicos consiguen efectivamente transmutaciones, bien de los cuerpos atacados, bien de las mismas partículas. No ha sido sino muy recientemente cuando se han dado cuenta que podían recibir una respuesta de la materia perturbando ligeramente y con baja energía los equilibrios internos del átomo aunque esta innovación –de hecho esta recuperación de la ciencia de los filósofos- todavía no ha franqueado la puerta de los laboratorios. La industria de las centrales nucleares sigue utilizando aun bombardeos múltiples para arrancar energía a los cuerpos espontáneamente inestables que están en el límite de las posibilidades de equilibrio de la naturaleza. En los ciclotrones gigantes este método exige ya tales energías que no se pueden ya conseguir sino rompiendo los enlaces de la llamada fuerte que asegura la cohesión de los quarks.

Las vías canónicas de la alquimia, si las traducimos al lenguaje de la ciencia contemporánea ciertamente menos poética que los símbolos utilizados por los antiguos pero igualmente precisa y aceptable, aunque ello no le guste a quienes confunden la tradición con los encajes antiguos, actúan sobre la fuerza llamada electrodébil. Nuestro arte es un arte musical, afirmaban los filósofos, cosa que recuerda el laúd colocado detrás del almirez en el platillo derecho de la balanza del cuadro de Valdés Leal y que nos muestra más claramente una célebre ilustración intercalada en una obra de Robert Fludd<sup>17</sup>. Es por lo tanto

un arte de resonancias y no de choques, y las interacciones entre la capa electrónica responsable de las reacciones químicas ordinarias y la arquitectura nuclear se obtienen modulando estas resonancias. Hoy no vacilamos en revelarlo claramente. Sería vano guardar el secreto por amor al secreto mientras que el secreto está expuesto en las publicaciones especializadas de química-física e incluso, a veces, en las revistas de vulgarización que cada cual puede encontrar en su kiosco de prensa Sería hasta criminal guardar un conocimiento capaz de ayudar a atravesar el peligroso cabo al que conduce a la humanidad la puesta en obra a gran escala de la técnica de los choques. La apertura alquímica de la materia que establecen estas resonancias a nivel del núcleo va acompañada, en determinadas vías, por una actividad violenta, descrita como el combate de los dragones mitológicos, al que es preciso absolutamente dominar y contener; pero esta violencia de reacción no tiene nada que ver con la de la violación que representa el método del Sr. Rutheford y sus émulos.

Sin embargo, puesto que aquí se trata de la vía breve, debemos poner en guardia a quienes tengan la tarea de retomar el trabajo y llevarlo a término. La explosión del crisol, o para las centrales nucleares lo que hoy se llama con el eufemismo "excursión del corazón o "síndrome chino" no es el único peligro contra el que creemos necesario precaverse.

Volvamos al cuadro de Valdés Leal. El ataúd del obispo está tapizado por una tela cuyo color rojo podría evocar la Piedra filosofal y que sin embargo se deshace en jirones, mientras que el prelado parece petrificado en un estado que no es ni la descomposición de las carnes ni su total revitalización. Este estado, en la materia, se traduce por una cristalización demasiado apresurada cuya coloración superficial puede engañar al buscador, y que en el Apocalipsis de Juan está simbolizado por la Prostituta de vestido escarlata. Lejos de asegurar la perfección de la Obra, esta ramera disfrazada justamente con los oropeles reales atrae las impurezas y no alimenta a nadie sino a ella misma. Así, todo corre el riesgo de fijarse en un éxtasis, sin participar más en la evolución de la naturaleza y sometido únicamente a una lenta degradación.

Los filósofos insistían sobre la necesidad de apresurarse lentamente y de seguir las vías de la naturaleza.<sup>18</sup>La aparición de la Prostituta escarlata siempre significa que uno se ha alejado de los caminos naturales. Así que debemos reiterar nuestras advertencias: la tentación será tanto mayor para los que practican una ciencia sin conciencia y no hablamos aquí sino de conciencia moral. Siempre es peligroso objetivar aquello que se toca, de creerse amo de fuerzas ciegas en el interior de estructuras inertes. Du gleichst dem Geist den du begleicht, responde Mefistófeles en el segundo Fausto<sup>19</sup>, "te pareces al espíritu que concibes": ¡Ay de quien no conciba más que un espíritu

petrificado y no una Piedra viva!

El artista no hace sino reproducir a escala más reducida el proceso que sirve de base a lo que los antiguos llamaban apokatastasis o transfiguración. No discutiremos aquí las interpretaciones teológicas dadas a estos términos que, muy a menudo, no traducen sino la incapacidad del profano de anticipar el fin al que tiende la naturaleza entera. Sólo los Adeptos, los Sabios y los Santos conocen su significación exacta pero, como dice el Apóstol "la creación entera gime con los dolores del parto"<sup>20</sup>. No somos dueños de cambiar a nuestro antojo las vías inscritas por el Artista divino en la estructura íntima de cada átomo del universo. El relato de la caída en la tradición judeo-cristiana o los comentarios sobre el kali-yuga en el Vedanta hindú muestra que existen potencialidades secundarias cuya expresión desordenada no lleva sino a callejones sin salida.

Estas potencialidades secundarias tienen su papel a desempeñar en determinadas etapas del proceso cósmico. Llamarlas demasiado pronto o demasiado tarde, o creer que alcanzarlas por una especie de atajo sin asegurar la preparación de la materia basta para asegurar la concreción de los sueños de inmortalidad, de omnipotencia, o de ciencia infusa, he aquí el medio más seguro para llegar a las aberraciones de las que la Prostituta, por su parecido con la Piedra, es el ejemplo más espectacular. En la época en la que pintaba Valdés Leal, la civilización española se hundía a causa de una cristalización de la jerarquía eclesiástica y de la confiscación de la Obra por los oradores y bellatores que dejaban a los laboratores en el desenlace de una muerte sin recursos simbolizado por el esqueleto casi descarnado del tercer ataúd. Aunque revestidos de los colores de la Obra, los primeros no llegan a levantarse de la tumba, y los cuatro cráneos del osario, completamente al final del sepulcro, no están encima sino de un montón de huesos pelados. Sólo los emblemas llevados por los platillos de la balanza tiene el frescor de la vida. Sin embargo, un rayo de luz ilumina la frente del último muerto, como para indicar que, también para él, se espera la resurrección.

Los cuatro cráneos del osario representan las cuatro edades muertas, el fin de un ciclo ya acabado y olvidado. Si nos fijamos en cómo el pintor hace jugar la luz en el sepulcro, comprenderemos cómo se opera la regeneración del mundo. Pero antes nos es preciso examinar el quinto cráneo que apenas se divisa tras de los cuatros que todo el mundo puede ver y contar. En la obra química, los cráneos así dispuestos corresponden a los cuatro elementos y el quinto a la quintaesencia; sin embargo tenemos que insistir todavía sobre el hecho de que son elementos muertos, reducidos al estado de osamentas. Esta afirmación chocará a los aprendices que creen que la quintaesencia es activa desde su separación de lo que Hermes llamaba lo denso o lo espeso.



Sin embargo, y por primera vez revelaremos uno de los secretos del arte más celosamente guardados, cuando se quiere proseguir la obra más allá de sola regeneración mineral y acabarla plenamente, la misma quintaesencia debe ser purificada y separada de las superfluidades mortales. El artista interfiere plenamente con su crisol, Muchos principiantes comprenden que así la materia trabajada les trabaja recíprocamente y les hace pasar del estado profano al de Adepto. Este no es sino un aspecto del arcano. La primera quintaesencia obtenida, aunque indiferenciada, lleva en sí como la signatura del operante y es él quien, por resonancia, introduce las superfluidades que todavía lleva consigo. Por lo tanto todavía queda por realizar en sí mismo una última purificación para no introducir más gérmenes de muerte en el elemento vital.

Llegaron los tiempos de revelar este secreto mayor. Hablar claramente de él no aumenta el riesgo pues se trata de una barrera infranqueable. Quien quisiera pasarla sin purificar estas mondaduras no haría sino volver contra sí mismo la potencia de la primera quintaesencia, quintaesencia mortífera, y sufriría sus catastróficos contragolpes. Sabemos que las potencias militares han escrutado los escritos alquímicos para encontrar en ellos remedios que les protejan de sus propias armas y que algunos, envalentonados por los éxitos obtenidos sobre pequeños particulares, acarician esperanzas demiúrgicas. Que encuentren aquí la más caritativa de las advertencias. No basta con haber fabricado algún oro potable capaz de invertir los efectos fisiológicos de una irradiación atómica para remodelar el universo a conveniencia.

En esta forma, los cráneos, o los elementos, podrían durar hasta hacerse polvo. El estado de muerte en su último estadio es tan estable y estéril como el de la Prostituta. La luz de la resurrección no les alcanza directamente, quizás ésta bañe cuerpos momificados pero en los que mora el principio de la carne, el germen de la revitalización.

Tal constatación suministra la llave para comprender las cuatro edades tradicionales. En el Libro de Daniel, la sucesión de los cuatro "reinos" se acaba por la irrupción de la piedra arrojada desde el cielo, que viene a quebrar su encadenamiento; en la mitología nórdica todo se termina por el "tiempo de los lobos"<sup>21</sup> y el espantoso conflicto del ragnarök, el "destino de las Potencias"; el Asvesta iraní también describe el combate cósmico en el curso del cual los señores de las tinieblas serán vencidos definitivamente. Ni Hesíodo ni los hindús precisan como se realiza el paso. La mayoría de los exégetas, desde hace un siglo, han concluido en el obligado y sucesivo descenso desde la Edad de Oro hasta la de Hierro, y algunos autores que practican sinceramente el arte de Hermes incluso se han hecho eco de tales especulaciones abstractas, en contra de todo lo que ha podido enseñarles su propio crisol. Según ellos, el fin de la Edad de Hierro ve aparecer todas las potencialidades "inútiles"; tanto la

naturaleza como la humanidad alcanzan entonces un estado de desagregación y de contaminación que es tentador confundir con el solve alquímico. Después de lo cual, mediante un cataclismo o por la varita mágica de un hada hasta aquí bien silenciosa se produce de golpe el ascenso hacia el Oro para un nuevo ciclo de degeneración. El Sr. René Guenon ha conseguido al menos llegar a convencer a sus lectores, hasta el punto de que ya ni se plantea contemplar la tradición fuera del cuadro así trazado.

Sin duda el Sr. Guenon conocía bien los textos del Vedanta pero hemos observado con frecuencia que simplificó abusivamente los textos que le fueron transmitidos. Nos parece lamentable sin embargo que los alquimistas experimentados por su práctica en el laboratorio no hayan rectificado esa aproximación ingenua. Nos es preciso pues repetirlo: el artista no hace sino imitar a la naturaleza y sus modos operatorios son los del cosmos. Incluso admitiendo que la última de estas edades sea una putrefacción, sería extraordinariamente insólito ver surgir de ella la tierra de sopetón sin el trabajo de la segunda y la tercera obra. Si cremos al profeta Daniel, instruido en toda la ciencia avéstica en la misma corte de los reyes medos, e inspirado de Dios, ¿qué es lo que nos describe exactamente? Las cuatro edades o los cuatro reinos que se encadenan, perdiendo en cada etapa parte de su nobleza y de su vitalidad, no vuelven sino tras haber sido golpeados por la Piedra. Ceden el sitio a la montaña que acaba llenando todo el espacio. El sueño de Nabucodonosor no describe por lo tanto un proceso cíclico natural sino una de esas aberraciones análogas a la de la Prostituta de la que hablábamos más arriba y que se alejan de las vías de la naturaleza. La ineluctable degeneración de las "cuatro edades" firma un desvío de la Obra que, si lo dejamos desarrollarse, no puede conducir más que al montón de huesos pelados pintados por Valdés Leal. Cuando este proceso se desencadena accidentalmente es muy difícil, por no decir imposible, intervenir antes que haya alcanzado uno de sus términos. En ese momento, el estado caótico que se produce deja más margen al artista y entonces se ofrecen ante él varias vías de rectificación cuyo eco encontramos en los filósofos de la Edad Media y en los autores árabes<sup>22</sup>. Por otra parte, no aconsejamos otra técnica en el crisol a los imprudentes que se hubieran salido sin querer de las reglas del arte y que estuvieran bien arrepentidos de ello.

Una de estas vías, lenta pero bastante segura consiste en "volver a subir" de edad en edad hasta volver a encontrar las condiciones que prevalecían antes del error de manipulación. A continuación hay que volver a empezar en el buen sentido el trabajo inacabado. Daniel evoca otra posibilidad que consiste en utilizar la Piedra ya obtenida en otro crisol para que se incorpore la materia descompuesta. Pero después será necesario purificar de nuevo esta Piedra

aumentada si no hubiera alcanzado un grado suficiente de perfección. En fin, una de las soluciones será dejar obrar a la naturaleza, y es lo que describe el ragnarök: las fuerzas disolventes se combaten hasta el agotamiento, pero, porque al mismo tiempo está en obra el perfeccionamiento del universo, puede aparecer una materia nueva y el trabajo empezar por su principio. El parecido superficial de este proceso con la obra al negro ha engañado sin embargo a más de un filósofo.

Un pasaje del *Desiderabile*, atribuido no sin alguna razón a Flamel, que distingue cuatro colores en la Obra, podría inducir a error al no atento y hacerle pensar que la subida de las edades representa el camino alquímico en cualquier circunstancia: "Nuestra agua toma cuatro colores principales: el negro como el carbón, el blanco como la flor de lis, el amarillo parecido al color de las patas del esmerejón y el rojo parecido al color del rubí"<sup>23</sup>. Subrayemos que si se tratara de los colores simbólicos de las edades, habría que invertir el amarillo del bronce o latón y el blanco de la plata. En verdad el color amarillo que viene a deslizarse entre la segunda y la tercera obra representa la realización en vía breve, en la cual no se debe exaltar la Piedra más allá de un azafranado claro, a causa de la potencia de la operación que, si escapara al control del artista, podría devastar más que su laboratorio. La leyenda budista cuenta que el rey Açoka, habiéndola llevado al naranja, quedó tan espantado que prohibió que nadie en su reino le imitara y quemó los textos cuyas indicaciones le habían permitido alcanzar ese punto.

Es necesario reafirmarlo vigorosamente: la aparición del ciclo de las cuatro edades es siempre consecuencia de un error, de lo que el Génesis describe como pecado original. Al igual que la Prostituta escarlata, pero de modo inestable y por lo tanto más fácilmente rectificable, se trata de un accidente que sucede cuando se quiere coger un atajo y saltarse una etapa necesaria. En el crisol se pierde el tiempo y, a menudo, años de trabajo se vuelven vanos. Pero una falsa interpretación de los ciclos de las cuatro edades o, peor, la tentación de conseguir un estado estable antes de que el fruto esté maduro, son de lo más temible en alquimia humana. Cuando los pintores del Renacimiento representaban a Adán y Eva al pie del árbol de "la ciencia del bien y del mal" les hacían tender la mano hacia un fruto todavía verde. El primer error pide la llegada del cataclismo, suponiéndolo necesariamente salvador; por lo general no genera sino sufrimientos inútiles. El segundo, la voluntad de salir del tiempo histórico sin que nada haya sido adquirido, ya ha petrificado a civilizaciones enteras de las que no quedan sino murallas cubiertas de arena y tumbas saqueadas. Las civilizaciones, una vez llegadas a la decadencia de las cuatro edades, o cristalizadas en la Prostituta escarlata, desaparecen para siempre sustituidas por otros pueblos.

El fin de este siglo ve resurgir juntas ambas tentaciones, la de acabar la civilización "occidental" con una triunfal salida de la historia y la de acelerar un proceso de degeneración con la esperanza de alcanzar mecánicamente, gracias al cataclismo, alguna nueva Edad de Oro. La conjunción de estos peligros con un dominio incompleto de las potencias de Sekhmet-Ptah podría arrastrar a la humanidad a un desastre irreparable. Afortunadamente existen límites a lo que está permitido al hombre y en absoluto le es permitido transgredirlos. El autor del Libro de Job habla claramente de ello cuando escribe: "Aquí se para el orgullo de tus olas", y el Salmista insiste: "Pusístele término, el cual no pasarán"<sup>24</sup> Pero si, como en el cuadro de Valdés Leal, la intervención divina es indispensable a la regulación cósmica, mientras más profundamente hiera el desequilibrio, más duras serán las oscilaciones que lleven los platillos a su posición óptima. Como lo presintió no sin alguna profundidad el Sr. Bergier, el mito de la Atlántida<sup>25</sup> tal como lo describen los ocultistas y novelistas desde hace un siglo, aunque evoca remotos traumatismos colectivos, también advierte de un posible futuro catastrófico que, ¡ay!, algunos se dedican a hacer que venga.

### La inversión de los polos

Cuando comentamos brevemente el obelisco de Dammartin-sous-Tigeaux<sup>26</sup>, lo desciframos partiendo de las Escrituras<sup>27</sup> y de la tradición griega que aseguran que el mundo pasaba alternativamente por el agua y el fuego purificadores a intervalos que nosotros afirmamos de "mil doscientos años". Evidentemente no había que tomar este número al pie de la letra y no éramos ignorantes hasta el punto de pensar que un diluvio –y sobre todo el diluvio bíblico- hubiera devastado el planeta sobre los años 700. Aunque aceptemos los testimonios del cronista Gregorio de Tours<sup>28</sup>, según el cual los dos siglos durante los que los reyes de la primera raza reinaron sobre los Francos vieron numerosos trastornos climáticos y cósmicos como auroras boreales sobre la Árdenas y caídas de meteoritos ardientes en el golfo de Morhiban, o el hundimiento del bosque de Avranches que formó la bahía del Mont Saint-Michel, estas convulsiones limitadas no pueden compararse a una purificación integral de nuestro globo. Nos ruborizamos de tener que precisar puntos tan elementales, pero las glosas, cuando por azar supimos de ellas, nos pusieron en un estado mezcla de hilaridad y de furor. No habrían merecido sin embargo ni unas líneas de rectificación pública si no hubieran contribuido a mantener la espera malsana de un cataclismo inminente, espera exacerbada tales aprendices demiúrgicos que no son sino sopladores aunque, ¡ay!, sopladores muy peligrosos.

¿Qué es un año a los ojos de un alquimista que sigue las enseñanzas de la naturaleza, sino un ciclo que abarca la totalidad del zodiaco? Por lo tanto así se calcularán, según las necesidades, el año solar y el año precesional, los años planetarios y los años draconíticos que rigen los eclipses y también esos larguísimos años que recorre el Sol negro y que los griegos designaban con el mito de Faetón. Los mil doscientos años que evocábamos y cuya unidad no habíamos precisado, equivalen por lo tanto a una elevación del zodiaco a la potencia y perfección de las centenas, un mínimo simbólico a la manera del Libro de Daniel o del Apocalipsis cuando San Juan habla de los mil doscientos sesenta días durante los cuales el niño macho será alimentado en el desierto.

Todavía no habíamos visto el último cambio en nuestro crisol y nuestros comentarios seguían siendo tributarios de las incertidumbres y perspectivas de nuestra época. Cuando enviamos a Eugène Canseliet el manuscrito de Las moradas filosofales los geólogos acababan justamente de descubrir, inscrita en la memoria de las rocas, la enigmática alternancia del norte y el sur magnéticos a lo largo de las eras.<sup>29</sup> Estábamos inclinados a pensar que semejante inversión no se explicaba nada más que por la inversión de la esfera entera sobre su eje, lo que no podía dejar de estar acompañado por cataclismos espantosos. Alquímicamente, las inversiones magnéticas que también intervienen en el crisol se observan más cómodamente en la vía breve que en todas las otras. Operando, tuvimos la inmensa sorpresa de comprobar que si el campo se transformaba alrededor de la materia que se estaba trabajando, ello no implicaba fatalmente sobresaltos convulsivos sensibles. Y habiendo descubierto después la ciencia geológica los misterios del fuego central<sup>30</sup> de una manera más precisa, sabemos que la inversión de los polos magnéticos no significa el derrumbamiento de la masa planetaria. La doble helicoide del obelisco de Dammartin-sous-Tigeaux no simboliza por lo tanto la marcha aparente Sol como imprudentemente habíamos supuesto, sino, en relación con el movimiento entero hacia el ápex, la doble rosca magnética interior de nuestro globo y la formación temporal de un cuadripolo.

Estos conocimientos son sin embargo recientes. Un artículo de los Srs. Valet y Coutrillot<sup>31</sup> describe con inteligencia la historia geomagnética de nuestro planeta y algunas de sus causas. Sólo le falta sacar las conclusiones de lo que han puesto ante los ojos del lector. En los diagramas vemos que las inversiones del polo se suceden rápidamente y que después cesan durante largos períodos de aproximadamente cien millones de años solares, o sea un cuarto o una estación de la rotación media de nuestra galaxia<sup>32</sup> Cuando después de semejantes altos los polos reemprenden su danza, la paleontología nos enseña que esta nueva puesta en marcha coincide con una renovación drástica

de flora y fauna y que igualmente es ahí donde parecen situarse las convulsiones volcánicas generalizadas y las inundaciones purificadoras. Dos de estos paros han sido fechados con una precisión suficiente y el fin del segundo vio la extinción de los grandes saurios de la era secundaria.<sup>33</sup>

Después de la aparición de la humanidad actual, y aunque nos encontremos en una fase de alternancia rápida a escala geológica, la Tierra no ha conocido más que una breve inversión. Hemos calculado la fecha aproximada gracias a los diagramas de los señores Valt y Courtillot: el movimiento que volvió a colocar el polo magnético en los alrededores del norte geográfico tuvo lugar hacia el 8.000 antes de Jesucristo, o sea, en el mismo tiempo en que la humanidad dejó tras ella la vida salvaje de los cazadores nómadas para domesticar al animal, cultivar el suelo, edificar las primeras ciudades, y así, construir el germen de las grandes civilizaciones históricas. La coincidencia no es un simple azar: significa que durante el breve tiempo en que las líneas de fuerza del campo magnético terrestre se ensanchaban como una rosa mística, el hombre se despertó a una conciencia superior. Sin duda tardará todo el tiempo del ciclo siguiente en traducir en sus obras este despertar.

Escrutando así el pasado de la Tierra, los geólogos, al igual que los físicos que sondan las profundidades de los átomos, vuelven a descubrir algunos fragmentos de los secretos del Gran Arte cuya naturaleza es el crisol y el Artista, el Creador mismo. Aunque las escalas de tiempo sean inconmensurables, el ritmo de la inversión de los polos magnéticos terrestres reproduce con exactitud sorprendente lo que se ve en la vía breve. Mil años son para Dios un día, dicen el salmista y el apóstol<sup>34</sup>.

Así pues el Artista creador conduce su Obra cósmica según la vía breve. El trabajo del alquimista en las vías más lentas, aunque es más fácil de dominar, introduce una ligera desviación rítmica respecto a las vías de la naturaleza, desviación que hay que corregir mediante numerosas purificaciones de la Piedra. Mientras más se aproxima el ritmo al modelo divino, más sensibles serán las fases iluminadoras comparables al despertar neolítico.

Cada una de las inversiones del polo magnético se acompaña, a lo que parece, por perturbaciones climáticas y de los suelos. Hacia los años 10.000 antes de Jesucristo, cuando se inicia el movimiento de inversión, fue el fin de la última era glacial; los bancos de hielo retrocedieron mientras que las aguas marinas crecían progresivamente y sumergían las zonas litorales. Ahora bien, según el testimonio de Platón, ésta es también la fecha dada por los sacerdotes de Sais al legislador ateniense Solo para la desaparición de la Atlántida.

A principios de este siglo todavía podíamos creer el relato del gran filósofo que situaba la isla maravillosa de la Atlántida "más allá de las columnas de Hércules" y que le atribuía una superficie "mayor que Asia y Libia juntas". El esfuerzo de los arqueólogos nos ha convencido que los sacerdotes de Sais no tenían sino un conocimiento parcial de sus propios archivos y que confundían dos cataclismo de alcances incomparables. La lucha de los atlantes con los primeros atenienses, los ejércitos diezmados por los maremotos, e incluso la reunión anual de los príncipes tienen que ver con acontecimientos mucho más recientes: la explosión de la isla volcánica de Santorín (Qhra). La erupción de Santorín<sup>38</sup>, más mortífera que la del Krakatoa sumió a Egipto y Asia Menor en una oscuridad de varios días, mientras que una ola de doscientos o trescientos metros de altura asolaba las costas del Mediterráneo oriental. La brillante civilización minoica no volvió a recuperarse y los aqueos, antes de oponerse a Troya, igualmente debilitada, hicieron tributarios a los príncipes-mercaderes del Egeo. Pero más allá de este cataclismo reciente, la memoria de las convulsiones oceánicas y de un hundimiento sucedido milenios antes "más allá de las columnas de Hércules", todavía imperaba en el templo de Sais. Podrá tratarse del cataclismo que abrió el estrecho de Gibraltar debido a la subida de las aguas oceánicas y a la actividad sísmica que acompañaron la inversión de los polos. Observemos que en esta misma época también se produjo la inmersión del delta del Éufrates por la creación del Golfo Pérsico.

La Atlántida que se fue a pique en los tiempos de esta ruptura ¿era isla u orilla? ¿alimentaba ya una civilización comparable a las que debían florecer posteriormente en el contorno del Mediterráneo? Todavía en nuestros días es imposible tener la menor certeza al respecto. Pero la Atlántida que desde hace un siglo recomponen los poetas, los novelistas y los ocultistas expresa una angustia premonitória más bien que una memoria; poco importa que se adorne con las galas del Renacimiento veneciano, con las sutilezas de Bizancio o que resuene en las caracolas marinas de Knossos; condensa todas las civilizaciones desaparecidas por haber querido transgredir el límite alquímico del que hablábamos antes, la utilización de una quintaesencia manchada de impurezas. Todos los autores que entonan su canto de muerte coinciden sobre este punto esencial: la Atlántida se quebró porque sus sacerdotes-magos abusaron de sus poderes sobre la naturaleza y las almas. El Sr. Bergier veía en este mito una "resaca de futuro" y el anticipo del destino de nuestra propia civilización<sup>39</sup>, pero cuando escribía esas líneas pocos sabios y todavía menos políticos concedían el menor crédito a las ciencias tradicionales. Su advertencia caía en el vacío.

Hoy no ocurre así. Todas las ciencias modernas se aproximan peligrosamente a la alquimia. Decimos peligrosamente pues el prejuicio de la especialización

las hace descubrir de nuevo briznas dispersas del conocimiento hermético y las aleja de la síntesis, única que permite abordar con suficiente conciencia y prudencia los aspectos más peligrosos del arte. Los alquimistas que nos precedieron tuvieron el discernimiento de no operar sino sobre pequeñas cantidades de materia, no porque entonces los instrumentos de laboratorio fueran demasiado primitivos sino porque sabían hasta donde el trabajo era controlable por el hombre imperfecto. Si necesitaban mayores cantidades de elixir, como le sucedía a los médicos en tiempos de peste, repetían el trabajo, siempre según sus fuerzas, hasta que completaban sus reservas. Los evangelistas que testimonian la transfiguración de Cristo, nos dicen que los discípulos cayeron cara al suelo incapaces de soportar la intensidad de la luz que de Él emanaba, y que la manifestación de ese fuego y esa claridad de claridades no duró ni siquiera el tiempo de que Pedro pronunciara una frase<sup>40</sup>. Imaginemos el desencadenamiento de un fuego menos perfecto pero igualmente intenso, y que imprudentes sopladores lo mantuvieran durante meses porque fuera, por su mima imperfección, más soportable.

La dificultad de la alquimia consiste en la medida necesaria y en la graduación de estos fuegos secretos que, si pueden llevar a término la transmutación, también pueden provocar la explosión del crisol, la aparición del ciclo de las cuatro edades o el de la Prostituta. ¡Que razón tiene Juan de Valdés Leal en conceder un lugar central de su cuadro a la ponderación, ¡ni más ni menos! Mirándolo bien, más vale que el fuego sea demasiado débil: el aprendiz nada conseguirá, o estados aberrantes que volverán con bastante rapidez a la materia muerta ordinaria. La falta de paciencia, o la voluntad de obtener resultados imaginados de antemano y muy lejos de las potencialidades de regeneración de la naturaleza, o, en fin, la loca sed de poder demiúrgico, conducen muy a menudo a llevar los fuegos más allá de lo necesario, como si su intensidad paliase la inmadurez de la Obra. La última de las amas de casa sabe que aumentando el calor de su plancha para quitar una arruga recalcitrante corre el riesgo de tostar el tejido y que, si insiste, la quemadura será irremediable; en este caso más vale mojar la ropa y secarla suavemente. Pero las lecciones de esta sabiduría práctica son quizás las más difíciles de hacer comprender a sopladores poderosos, poderosos de y en este mundo, embriagados con sus pasiones y alimentados por todas las quimeras que en el profano evoca el término mismo de alquimia.

En el siglo de Luis XIV los sopladores soñaban con llenar sus sótanos de monedas de oro e igualar así el vano esplendor de los reyes; las necesidades de hoy son apenas menos ingenuas pero considerablemente más siniestras. Son el poder oculto sobre el alma del mundo usando indistintamente para conseguirlo las armas triviales de la política o la economía y conocimientos procedentes de



una ciencia fragmentada. Por una parte se osa tocar al germen de la vida y fabricar con fines terroristas virus de efectos incurables con la medicina ordinaria, algunos tan fulminantes que ni siquiera la medicina universal tendría tiempo de actuar; por otra se simula la inversión de los polos magnéticos o se realizan distorsiones sobre el campo terrestre para llevar a las muchedumbres a estados de hipnosis, de disponibilidad mediúmnica o de furor ciego; se toca deliberadamente la regulación de los climas y los tiempos: Finalmente se pervierte la teurgia y se invocan monstruos que incluso los más degenerados magos asirios no se habrían atrevido a sacar de sus honduras abisales. Los míticos atlantes se arriesgaban a estas prácticas degradantes a la luz del día; los sopladores reales de estos tiempos agregan a la perversión de las prácticas, la del secreto.

### El secreto alquímico

Nos acordamos de haber escrito: "La alquimia no es oscura sino porque está escondida. Los filósofos que quisieron transmitir a la posteridad la exposición de sus doctrinas y el fruto de sus trabajos se guardaron mucho de divulgar el arte presentándolo en forma común, para que el profano no pudiera penetrarlo"<sup>41</sup>. Esta regla de disimulo duró siglos, si no milenios, sin que ningún fi la trasgrediera. El mantenimiento del secreto, la utilización de una lengua oscura, los símbolos y la cábala fonética de los que hemos dado bastantes ejemplos en nuestras obras precedentes, se justificaban por la distancia entre los conocimientos alquímicos y las preocupaciones del mundo. Todavía en la primera mitad de este siglo podíamos decir: "La química es la ciencia de los hechos, como la alquimia es la de la causas"<sup>42</sup>. Había que mantener el velo sobre los arcanos más fundamentales; el uso de la química en los horrores de la guerra de trincheras no podía sino inducirnos a silenciar el terrible potencial que se agazapaba en las profundidades de la materia más humilde.

Posteriormente la ciencia moderna ha franqueado los límites que la separaban de la alquimia y comienza a interesarse por las causas más que por los efectos puramente materiales. En revistas de divulgación hemos visto descripciones de nuestros pequeños particulares e incluso algunas fases de la obra. En tal situación ya no es útil usar un lenguaje simbólico, tanto menos cuanto que el uso perverso cuya tentación temían los filósofos, ha llegado a ser un juego diario de las potencias militares y de sus servicios especiales. Algunos alquimistas incluso se aferran a las metáforas tradicionales por estética, o para conservar las claves de la lectura de los tratados antiguos, pero eso no es sino

elegancia de dandys<sup>43</sup>. No ignoramos la necesidad de preservar los pocos secretos últimos que siguen siendo oscuros para la ciencia profana y no tenemos la intención de facilitar el trabajo a los destructores, pero para obedecer al espíritu que animaba a los antiguos filósofos, los tiempos actuales exigen, más que letra muerta, hablar alto y claro. Cuando el ladrón ya está en la casa de nada sirve poner cerrojos a las puertas.

El secreto se vuelve un manto de sombra en el que se envuelven quienes, burlando las precauciones de los alquimistas del pasado, han descifrado los indicios que dejaron, gracias a los trabajos de los atomistas y los biólogos. Mientras que las ecuaciones de estos últimos y los símbolos mitológicos de los antiguos Adeptos no sean comprendidos sino por un puñado de hombres, aquellos bandidos se reservarán el poder que da la comprensión de las causas y reducirán a los pueblos a la peor de las servidumbres, la del alma. Su casta orgullosa trata de reinar desde una fortaleza inexpugnable, rodeada de lo que Sir Winston Churchill llamaba "una muralla de mentiras. Escribir en lengua oscura fortalecería sus manejos; el deber de un alquimista consiste hoy en revelar lo que los ladrones han robado y proporcionar a sus víctimas los medios de asegurar su propia salvaguardia.

Vemos claramente la dificultad de la tarea pues no basta con lanzar advertencias como algunos lo hacen ya. El artista descubre en su laboratorio que entre su ser y la sustancia que hierve a borbotones en su crisol se establece un lazo estrecho, espiritual, emocional y físico. Comprueba a través de los obstáculos que encuentra lo que debe templar o rectificar en sí mismo para seguir siendo capaz de conducir al mineral hacia su perfeccionamiento, y en ello radica a menudo la labor más dura. Aprende, sin caerse, a rozar los abismos de la sinrazón cuando las emanaciones magnéticas vienen a perturbar el equilibrio de su psique. ¿Cómo, pues, proponer como remedio esta larga y difícil ascesis a hombres ordinarios a los que artificialmente se imponen condiciones parecidas? La ignorancia, la incredulidad, la dificultad del trabajo los repelerán, tanto más cuanto que no están acostumbrados a la calidad de la introspección que se necesita. Pero el alquimista sabe también cuanto resiste la materia si, por inadvertencia, fuerza su evolución; por lo tanto esta resistencia es la que hay que favorecer.

El secreto alquímico no se limita a la necesidad de alejar las almas malvadas de un poder que no debe utilizarse sino con el mayor de los respetos. Las metáforas de amor con las que los antiguos filósofos esmaltaban sus escritos traducen el grado de intimidad que se establece entre el artista y su obra y que ninguna ecuación puede expresar. San Mateo, explicando las enseñanzas de Cristo sobre la montaña, se hace intérprete de ello: "Cuando reces, entra en tu cuarto, cierra la puerta y reza a tu Padre que mora en el secreto"<sup>44</sup>. Y Valentín

Andreae precisa en las Bodas Químicas que Christian Rosenkreutz comete una falta mirando a Venus desnuda sin haber sido invitado a ello<sup>45</sup>. Sobre estas bodas conviene extender el pudor y el silencio, único que permite que se realicen verdaderamente. Dudamos mucho que sopladores con intenciones demiúrgicas puedan alcanzar la intensidad de semejantes esponsales. Su relación con la materia no sabría reflejar sino su voluntad de esclavizarla; la tratan como a esclava, no como a amante<sup>46</sup>y, si consiguiese arrancarle bastante sumisión para evitar hacerla estéril, no obtendrán castigándola sino una piedra imperfecta, capaz sin duda de operar alguna transformación en la estructura metálica, pero muy alejada de la medicina de los sabios. Para alcanzar la perfección de la obra tendrían que curar en primer lugar la lepra del orgullo. Ahora bien: la medicina imperfecta, si llega a aminorar durante algún tiempo las decrepitudes corporales o a reparar los accidentes que amenazan la vitalidad del hombre, acaba siempre por volverse contra su progenitor.

La leyenda de Fausto lo ilustra abundantemente: el recurso a Mefistófeles, que se presenta a sí mismo como "el espíritu que siempre niega" no le procura sino la ilusión de la eterna juventud, hasta la caída final en el espanto y el delirio. El nombre de Mefistófeles fue construido a partir de una cábala fonética en griego: Comienza por la negación Mh. A continuación podemos oír la raíz fhs, futuro del verbo fhmi que significa afirmar, aconsejar o mandar: el poder que hace reflejar se ve negado incluso antes lo guste. El fin del nombre construye un sustantivo sobre el verbo tufow, hacer orgulloso. Si las consecuencias del llamamiento a Mefisto son terribles para el imprudente alquimista que lo evoca en la desesperación de sus fracasos, en el crisol desencadenan un cataclismo incontrolable: fusis, la naturaleza, o mejor la fuerza de crecimiento interno se exagera en tufw, se abraza a tufon, el tornado, de donde procede nuestra palabra tifón. Además fus designa el soplo, el viento o la arrogancia. Quien siembra viento recoge tempestades, dice la sabiduría popular. Lo que promete el espíritu negador no sería otra cosa sino una tromba de fuego que se vuelve como un castigo preparado por la justicia divina contra quien intenta imponerla al universo.

Se trata en efecto del abrazo purificador del que habla el apóstol Pablo cuando, al evocar los últimos días, dice que todos no morirán pero que todos serán cambiados y que, probadas las obras, el hombre será salvado como a través del fuego<sup>47</sup>. Pero mientras no le llegue la hora fijada a la Tierra el ciclón ígneo no podrá extenderse y no hará sino devorar a quienes, en su orgullo, lo hayan evocado. ¡Firmes pues los corazones! Los falsos profetas hablan de paz cuando habría que armarse para el combate<sup>48</sup>y aterrorizan a los débiles anunciando llamas que no quemarán más que a los que las desencadenan. Basta de cometas deletéreos, de meteoritos errantes, de estaciones espaciales

locas hasta que el Ángel no haya desenvainado la espada del Juicio. ¿No stá escrito que ninguno sabe el día, ni la hora, sólo el Padre que está en los cielos?<sup>49</sup> ¡Basta de traiciones al viejo Nostradamus. Él mismo ¿no impuso silencio a los orgullosos y a los necios<sup>50</sup>. Si, como hemos escrito, conviene llegar a la hora suprema<sup>50bis</sup> con sangre fría, nunca hemos recomendado asustar a los pueblos con paparruchas ni fechar con una hora totalmente humana el Fin de los tiempos. Para el alquimista basta con que guste las primicias de ello cuando la trompeta resuene en su crisol.

### Errores respecto al sujeto de los sabios

En todo tiempo los alquimistas han operado solamente sobre la materia mineral. En esto tenemos más que una regla del arte. No porque la alquimia no pueda operar sobre otras materias, ya hemos visto que se aplica al gobierno de las sociedades humanas. Pero la inspiración divina que creó a los primeros maestros del hermetismo, si les permitió disfrutar el conocimiento en toda inocencia, no ha levantado la prohibición sobre el árbol de la vida. Algunos boticarios han sabido superar las recetas espagíricas y sacar de las plantas remedios realmente quintaesenciales. No conocemos sino a tres que, sobre el vegetal, hayan practicado según los principios del arte de Hermes y dejado algunos tratados: Hidelgard von Binen, Paracelso y, en este siglo, Armand Barboult. Si hubo más, y sospechamos que los hubo entre los grandes médicos árabes y judíos tales como Geber o Ibn Kaldum, trabajaron en un secreto más absoluto que los filósofos químicos y no legaron a la posteridad nada más que las recetas de pequeños particulares útiles que no necesitaban una iniciación más profunda.

Maestros semejantes son todavía más raros que los Adeptos del Arte metálico. Si reciben permiso para trabajar el vegetal es porque Dios dio primero los frutos y las hierbas como alimentos a los animales y al hombre y colocó a Adán en el jardín del Edén "para cultivarlo y guardarlo" como se dice en el Génesis. Cuando Caín intentó volver a empezar esta obra vegetal fuera del Edén no consiguió sino ofrendas impuras y sus descendientes Jubal y Tubal Caín tuvieron que limitarse al arte de la música y de los metales. Sin embargo vemos que Noé planta la vid al salir del Arca y, con la invención del vino, se dedica a una labor más cercana a la Alquimia que a la sola espagiria. Ningún hijo de Hermes fue nunca autorizado a practicar sobre el animal ni incluso sobre secreciones de seres vivos: los mentruos, leche, orinas o lágrimas que encontramos en los textos alquímicos deben entenderse como expresiones metafóricas de las exudaciones minerales.

Hasta el siglo XVIII la prohibición se extendía incluso a la ciencia profana, ligeramente suavizada sin embargo puesto que le era lícito a los espagiristas y a la mayor parte de los artesanos usar cueros, orinas, huesos, grasas y, en contados casos, sangre de animales sacrificados para las necesidades del hombre<sup>51</sup>. No estaba permitido ir más allá del permiso, dado por Dios después del Diluvio para asegurar la subsistencia de una humanidad deprovista de sus recursos anteriores, de usar las bestias para su alimentación, término que hay que entender en el sentido de necesidades vitales. Los libertinos que se reclamaban "de las luces" tuvieron el mérito de rechazar numerosas supersticiones y trabas acumuladas por los usos, la pereza o la incomprensión de las antiguas reglas. También tuvieron la imprudencia de deshacerse de los límites que Dios ponía ante los pasos del hombre y, entre ellos, la prohibición de impulsar las investigaciones sobre los vivos más allá de las necesidades. Las experiencias de Galvani no servían ni a la medicina ni a la física naciente; en electricidad Volta fue más útil. Todavía no eran sino actos aislados. Cuando a fines del último siglo vimos que los médicos renegaban del juramento de Hipócrates para, so pretexto de investigación, aplicar verdaderas torturas eléctricas a los internos de asilos y prisiones, por no hablar de los animales vivos, comprendimos que la ciencia profana se aproximaba al abismo. No se nos dio ninguna señal de que Dios hubiera levantado la prohibición de tocar el Árbol de la vida.

Admitamos, al límite extremo, que más vale ensayar nuevos medicamentos sobre los cultivos virales in "vitro" que no de entrada en los hospitales; admitamos también que se prueben los remedios en ratas o monos. Tales sacrificios pueden justificarse por el alivio que debido a ello tendrán los enfermos. Pero cuando torturan conejos en las fábricas de cosméticos o descerebran gatos para establecer los ritmos del sueño, ya conocidos en el hombre por métodos más suaves, la justificación no es más que una hipocresía. ¿A quién harán creer que lacar el cabello de las mujeres es una necesidad vital? Cuando se implantan electrodos en el cerebro de animales y seres humanos para dirigir su comportamiento mediante la emisión de ondas hertzianas, hemos confesar que la utilidad de esta esclavitud escapa a nuestra entendimiento. Autorizando a tratar al vivo a semejanza del mineral, los sabios se transforman insensiblemente en verdugos. La prohibición divina tenía como primera finalidad impedir estas abominaciones por las que el hombre, más que ganar, pierde su curiosidad insaciable.

Cada cual sabe que con la ingeniería genética se franquea el último límite: como prueba los angustiosos debates de legisladores y comités éticos. Los biólogos fabrican nuevos virus como los espagiristas hacían oro y se les podría aplicar el refrán que pretendes que eso es más fácil de hacerlo que de

deshacerlo. ¿Cómo se han atrevido los médicos a violar su juramento más solemne, hasta el punto de buscar armas de exterminio antes que remedios al sufrimiento humano?

¡Que no se nos diga que se trata de los últimos sobresaltos del kali-yuga, de una necesaria manifestación de la degeneración cíclica! No. Esta transgresión va mucho más lejos que el desorden de una decadencia. Lo que vemos es una alquimia invertida que se aproxima peligrosamente al pecado contra el espíritu. Quienes asienten a semejantes abominaciones amontonan carbones en ascuas sobre su propia cabeza. Si logran conseguir de los pueblos, no la pasividad presente que no traduce sino la impotencia de los mismos para deshacerse de un puñado de demiurgos dementes, sino la adquiescencia de su corazón, será el fin del planeta. Entonces sí, sólo entonces, el diluvio de fuego caerá, o algún astro errante destruirá con un choque el nido de escorpiones que se habrá vuelto la Tierra. Hubieran bastado diez justos para salvar a Sodoma, y por justos Abrahám entendía no seres perfectos ni santos sino hombres cuyo corazón se negara a violar a los ángeles. Lot se comportó como un campesino astuto pero no había perdido el respeto de sí mismo ni de los demás y sabía donde situar los límites puestos ante los hombres<sup>52</sup>. En este sentido encontraríamos para detener la mano divina más de diez justos.

La ingeniería genética no está sino en sus blasfematorios balbuceos pero, ya desde ahora, no se trata de un saber empírico. Sin embargo le falta el conocimiento esencial fuera del cual todo intento de obra alquímica se desviará fatalmente hacia la inversión si el fracaso repetido no viene a ponerle término: la revelación divina de la perfección que es preciso alcanzar. El hermetista que trata de realizar la Gran Obra sabe desde el momento que enciende su primer fuego que busca la quintaesencia. Si no tuviera sino una premonición vaga de su naturaleza, se guía por los escritos de los antiguos y las indicaciones de sus maestros. Hasta los alquimistas de antaño intentaban obtener oro y plata, arrancarlos de la mena de los cuerpos vulgares, sabiendo por rumores que eran los más nobles de los metales. La prohibición de trabajar sobre materia animal tienen como corolario la ignorancia en la que todos estamos de lo que significaría la perfección de este reino, y del proyecto divino sobre ranas, saltamontes, gatos, perros, ballenas o jirafas.

Los mitos sumerios o griegos y la midrash hebrea contienen advertencias al respecto, que no pueden ser más claras, sobre lo que hay que esperar de un trabajo desconsiderado sobre el viviente. Tiamat, Gh o Lilith simbolizan la materia matrix de los orígenes. Cuando sale de su reposo tras el fin de su tiempo, por accidente o por revuelta, no engendra sino monstruos ávidos de vida humana como hidras, gorgonas, vampiros o quimeras. Entre los sumerios hacía falta que se reunieran los dioses para acabar con ello. Los griegos

dejaban el trabajo de matar monstruos a los héroes, nacidos de la unión de un dios y una mortal. No se podría afirmar mejor que las fuerzas humanas no bastan para deshacer las producciones anárquicas de la matrix vitæ imprudentemente liberadas. Dejemos que se extiendan las plantas transgénicas. Si sus efectos se revelaran mortales ¿cómo asegurarnos, incluso arrancando todas las plantas conocidas, que ningún polen no transmitirá los genes supernumerarios a alguna variedad salvaje, o que ninguna abeja no las libará?. La hidra de Lerma al menos hacia crecer todas sus cabezas del mismo cuerpo.

La vida es un todo, cosa que han vuelto a descubrir los ecologistas (no hablamos de los movimientos políticos sino de los sabios que estudian la imbricación de los reinos y los ciclos naturales de transformación). Los genes introducidos en el maíz para alejar de él los insectos "parasitarios" tienen como primera consecuencia incitar a dichos parásitos a modificar sus propios genes para continuar alimentándose. De uno en otro, de respuesta en respuesta, ¿a qué mundo llegaremos? Nadie sabría predecirlo y nadie puede anticipar las mutaciones correctoras que exigirá la continuación del Orden divino, hombre incluido. ¿Cuándo se entenderá que el Árbol de la vida fue erigido para protegernos y no por un capricho tiránico?

Nuestros propósitos no son los de los "tradicionalistas" petrificados para quienes la sabiduría consiste en volver a los modos de vida o pensamiento y a las técnicas conocidas por sus abuelos. ¡Pensando así habría que cobijarse en tiendas de pieles y fabricar cuchillo de sílex! El esfuerzo desplegado para construir civilizaciones, aumentar los conocimientos y las técnicas, más bien debe arrancarnos gritos de admiración. Tanta ingeniosidad, tanto valor y trabajo paciente no son vanidad y ya hemos expresado en otros sitios cuanta estima nos merecen los sabios profanos. La prohibición de la que hablamos no significa que Dios prefiera a los ignaros: si no hubiera querido sino un animal suplicante ¿habría puesto tanta curiosidad en el hombre? Nuestros primeros padres recibieron el dominio de todos los reinos inferiores y, por lo tanto, licencia para descubrir las leyes que rigen el cosmos y que el Creador instituyó mediante "número, peso y medida". La misma complejidad de la urdidumbre ecológica no debe desanimar de su estudio.

El problema de la prohibición y su transgresión es más sutil que una simple barrera moral. Preguntado por los saduceos sobre la resurrección mediante una casuística engañosa respecto al matrimonio, Cristo responde con una frase a la que conviene dar todo su alcance: el hombre, dice, se volverá el igual de los ángeles<sup>53</sup>. Le incumbe realizar para sí y por la naturaleza un trabajo angélico cuya alquimia no ninguna otra cosa sino su anticipación o germen. Una obra semejante no puede hacerse a ciegas. No sólo nada puede hacerse sin conocer

el fin y el del viviente, repitámoslo, todavía no ha sido revelado, sino que, por añadidura, hay que afrontar el peligro de la quintaesencia impura. La experiencia adquirida en el trabajo sobre los metales nos ha convencido de la dificultad de esta última purificación; tocar a la vida exige más pureza todavía, más de la que el hombre actual puede soportar sin perecer.

Este es el sentido de la prohibición y de la presencia del kherub de espada flamígera delante del árbol de la Vida. El hombre no puede franquear su barrera de llamas sino en la medida en que vuelva a encontrar la estatura angélica que fue la suya en el Paraíso. Pero esta limitación temporal, fruto de la caída y del oscurecimiento del alma, no está inscrita en parte alguna del hombre ni del universo tangible; Dios no ha quitado de nuestra naturaleza la promesa del arte real sobre todos los reinos. La prohibición espejea ante el hombre como un horizonte infinito más bien que como la muralla de una fortaleza en la que estuviera encerrado; por lo tanto nadie puede determinar claramente donde se encuentra el límite, al igual que un niño que tampoco puede encontrar el tesoro al pie del arco iris. Sin embargo un paso demasiado lejos y la espada se abatirá. La razón, la prudencia, el respeto a la naturaleza y a la vida cuyo laboreo, pastoreo y servicio son la primera vocación del hombre, resultan la guía más segura en estos parajes, con la certeza de que Dios no nos permitirá volver a entrar en el concierto angélico antes de que la última purificación no nos haya hecho dignos de ello. Salvo quizás permitir por un tiempo a los sedientos de transgresión la ilusoria familiaridad de los altos ángeles de las tinieblas.

En este punto Cristo evoca la parábola de las Bodas. Para examinar la suerte del hombre rechazado de la sala del banquete, consideremos los invitados recalcitrantes y la invitación a todos los lisiados, mendigos y salteadores, que al menos nos deja ninguna ilusión sobre nuestro valor. En los países de Oriente, y muy especialmente en Judea es el novio quien viste a sus invitados con un hábito nupcial cuando entran en la casa, una túnica ligera y blanca, tejida con hilos de oro o plata, que cubre los vestidos ordinarios o los sustituye para que ninguno de los convidados pase vergüenza si es pobre o para que no intente llamar la atención con ropas ostentosas. Por lo tanto aquél a quien el Rey sorprende sin esta túnica de luz es que se ha negado a llevarla cuando le fue ofrecida. Pero ¿qué es el vestido de luz sino el signo de la purificación? Nos las habemos con un ladrón que trata de disfrutar de las capacidades angélicas, vueltas a dar al hombre, sin consentir en pasar por la purificación, es decir por el fuego (pur en griego) del kherub, y que, por lo tanto, rehusa practicar la inocencia. Si consiguiera evitar la llama del Guardián y volver a entrar rompiendo muros o llaves, su suerte sería peor que la condición mezclada del hombre actual: será atado, es decir, que en él, en su naturaleza,



serán inhibidas las capacidades angélicas potenciales, y será arrojado a las tinieblas exteriores, por lo tanto privado de toda revelación esotérica. Nada nos asegura que tal estado deba ser definitivo, pero antes de volver a encontrar la integridad de su humanidad, deberá probar indudablemente que acepta someter su corazón y su voluntad al fuego del Ángel.

### La Tabla de Esmeralda

Desde que el presidente Truman mandó lanzar sobre Hiroshima la primera bomba A, inútil desde el punto de vista estratégico puesto que el Japón, exangüe, se preparaba para rendirse, rendición que no se adelantó sino unos días, adquirimos la certidumbre que un grupo de hombres perseguía secretamente un fin más exigente que terminar la guerra. El Sr. Truman y sus consejeros no sólo querían probar su proyecto mortal en condiciones reales sino asegurar al gobierno americano una supremacía sin participación y probarlo a los ojos del mundo. No comprendimos el alcance exacto de su proyecto que podía pasar entonces por la ambición de una nueva Roma en el imperio occidental. A lo largo de los decenios siguientes todo el plan se volvió claro a nuestros ojos pues se inspiraba estrechamente en el más corto y esencial de los escritos alquímicos, la Tabla de Esmeralda.

Releamos por lo tanto este texto mayor para comentar las adaptaciones hechas en ella con el fin de gobernar orientadamente a las sociedades y para el desarrollo de las ciencias.

Es verdad, sin mentira, cierto y muy verdadero.

Lo que está abajo es como lo que está arriba y lo que está arriba es como lo que está abajo; por estas cosas se hacen los milagros de una sola cosa. Y como todas las cosas son y provienen de UNO, por la mediación de UNO, así todas las cosas son y provienen de esta cosa única, por adaptación.

La unidad, sustrato de toda cosa, fue presentada desde la antigüedad por los filósofos hindús y griegos como lo atestiguan los Upanishad y el Poema de Parménides. El sentido profundo de estos textos ha sido desarrollado en numerosos comentarios y no insistiremos en ello. Los físicos que conocimos antes de la guerra le daban el nombre de campo unitario y desesperaban encontrarlo mediante sus cálculos y comprender sus efectos. Por nuestra parte ni alentamos ni desalentamos sus esfuerzos en este sentido. Varios de estos sabios, conscientes de las amenazas que hacían pesar sobre el mundo las convulsiones de Alemania y la cristalización de fuerzas oscuras, soñaban

entonces en uniformar las sociedades humanas en una misma civilización pacífica que fuera como el reflejo del campo unitario de la materia. Eran, ya lo hemos dicho, niños deslumbrados por la luz del Umbral, ignorantes de los peligros y desbordantes de entusiasmo. Se preparaban, como en los cuentos de hadas, a vencer al lobo para vivir felices el resto de sus días. ¿Cómo concibieron tantas ilusiones sobre lo que fermentaba desde decenios en las sociedades iniciáticas occidentales con las que algunos de ellos se habían sin embargo relacionado? ¿Cómo pudieron entregarse a los jefes militares y políticos americanos, no atados de pies y manos sino corriendo y retozando como niños tras el flautista?

Los primeros trabajos en los que se los empleó versaban sobre el campo unitario. Como habíamos previsto fueron vanos. Las raras confidencias del Sr. Rosen, asistente del profesor Einstein, confidencias que nos han sido contadas, daban cuenta del abandono de las investigaciones a causa de terribles accidentes de los que no comprendían nada y que sus ecuaciones no había permitido prever. Los suministradores de fondos, almirantes de la Navy o directores de agencias creadas ex profeso y dependientes del Secretariado de Defensa, exigieron secreto y aislaron a todos los testigos. Sin embargo, si el campo físico resistía a todos sus esfuerzos, la idea de la unificación de los hombres se abría paso y los accionistas de la industria hacían sus cálculos, seducidos menos por la esperanza de que se acabaran las guerras que por la perspectiva de un imperio mundial invisible al servicio de América.

¿Fue entonces cuando cabezas locas se dieron cuenta de la similitud entre las preocupaciones de los sabios y los primeros versículos de la Tabla de Hermes, o ya acariciaban la ambición de remodelar el mundo "reconciliando" tradición y modernidad que la mayor parte de los epígonos del esoterismo se dedicaban a separar cuando no a oponer? No tenemos respuesta a esta pregunta. El esoterismo occidental aparecía desde finales del otro siglo como un campo cerrado en el que se enfrentaban voluntades y proyectos que de tradicional no tenían sino la apariencia y de los que el nazismo ofrecía el más lamentable de los espectáculos. ¡Locos fáusticos! Al menos hasta entonces estas quimeras bullían en vasos cerrados, en las trastiendas de librerías polvorientas o en los salones privados de rentistas muertos de aburrimiento. Pero la aventura nazi dio a muchos de que el poder estaba al alcance de la mano de los audaces. La sinarquía del Sr. Alveydre, que en sus orígenes no era sino una pálida imitación de la sociedad medieval, tomaba el sentido de una dictadura oculta de "superiores desconocidos" y todo soplador insignificante, por poco que se hubiera rozado con los ritos mágicos de moda, se sentía el alma de un Cagliostro.

El Sol es su padre...

En 1943, tras los fracasos parciales sobre los trabajos del campo unitario, el interés reflujo hacia las energías intratómicas. A decir verdad ya habían visto la luz, al menos sobre el papel, varios ensayos de "pilas" y todo lo que retenía a los sabios para intentar liberar la energía de Path era el temor a la reacción en cadena. La carta del Sr. Einstein al presidente Roosevelt sirvió de pretexto. ¡Hablad de huesos a los perros, de bombas a los militares y los veréis gruñir de gusto!. La continuación es conocida de todos. El Sr. Oppenheimer, citando ante el fogonazo los versos del Majabaratra<sup>54</sup> -"Si de repente apareciera en el cielo el resplandor de mil soles, su brillo no haría sino aproximarse a la gloria de este espectáculo"- confirmaba a los ojos de los aprendices demiurgos la justeza de la Tabla de Esmeralda. Faltaba todavía que este sol concebido por las manos del hombre apareciese al mundo en el esplendor de sus nubes; nuestros rufianes sabían su Biblia y su salmo 18: "De sus narices salía humo y de su boca un fuego devorador... Delante suyo, nubes de las que salían relámpagos, granizos y carbones de fuego..." Así el presidente Truman ordenó bombardear Hiroshima y Nagasaki para que se viera que los rayos y la potencia de los astros ya no pertenecían al Zeus olímpico sino a los hombres, a algunos hombres.

... y la luna su madre

Acabada la guerra y dominado el sol nuclear, se interesaron inmediatamente por los trabajos del Sr. von Braun y por perfeccionar sus V2. La carrera del espacio alcanzó su punto culminante cuando dos astronautas embutidos en sus escafandras dieron algunos pasos por nuestro satélite. Una interpretación tan literal podría no ser sino trabajo de soplador pero su práctica parece más retorcida. La "conquista" de la Luna fue abandonada poco tiempo después de esta burda marcha. Sin duda no esperaban de ella sino una huella simbólica en el alma de las masas. Al igual que con la bomba de Hiroshima, un acto ostentoso debía persuadir a los hombres de su dominio sobre las potencias cósmicas e ilusionarlos con que, a continuación, todos participarían de un proyecto que, en los hechos, se reservaban ellos.

El viento lo ha llevado en su vientre.

Del viento, al igual que con la Luna, hicieron una lectura literal y se dedicaron a continuación a controlar los climas reteniendo las masas de aire mediante "muros de ondas" levantados sobre continentes enteros, análogos al

confinamiento magnético de los flujos de partículas en los grandes aceleradores. Las primeras experiencias, en 1975 y 76, escaparon a todo control durante varios meses. Las segundas, en 1983, tuvieron mejores resultados pero no se levantó su secreto aunque circularon rumores en las universidades. La contrapartida social del dominio de los vientos se tradujo en un intento de controlar la opinión, lo que Virgilio llamaba fama volans, tan móvil y fugaz como la brisa.

La tierra es su nodriza y su receptáculo.

Para asegurar el retorno a alguna materia densa decidieron entonces favorecer los trabajos sobre lo viviente y la ingeniería genética de la que hemos dicho todas las reservas que nos inspira.

Las cuatro citas que abren este versículo de la Tabla de Esmeralda cuyos comentarios en actos acabamos de describir corresponden en una lectura alquímica canónica a los cuatro elementos, en un orden extraño: fuego, aire, agua y tierra, en el que alternan lo sutil y lo denso, lo caliente y lo frío. Subrayemos la progresión de los éteres hasta el acabamiento de la corporificación, correspondientes a los cuatro primeros días del Génesis. La Obra divina de la creación revelada por el Gran Hermes sigue estrechamente el "ciclo" de las cuatro Edades, edad de oro del Sol, edad de plata de la Luna, edad de bronce de los héroes erráticos cuyas correrías poseen la libertad del viento, edad del hierro densificado al máximo. El lector comprenderá mejor por qué la aparición de estos ciclos tras el fin del proceso de la Creación significa que se cometió un error. Efectivamente, desde que la densificación material del cosmos se acabó no era necesario ya seguir más adelante. Admitamos incluso que, por analogía, este ciclo se aplique a las civilizaciones; debería resumir su nacimiento pero, una vez que toman cuerpo ¿para qué destruirlas y volver a empezar ad libitum la generación de abortos? Pese al absurdo de semejante rueda loca girando sin fin, podríamos admitir un ciclo así si la enseñanza si la enseñanza de Hermes se detuviera ahí; pero después de haber comentado brevemente esta primera etapa de la Obra divina e introducido a su discípulo a la contemplación de los orígenes, describe muchas otras operaciones.

La aparición inesperada de las cuatro edades en el crisol tiende a rehacer naturalmente lo que, por accidente, fue demasiado deshecho; o, a veces, a obtener el "castigo" de una corporificación demasiado extremada. Sin embargo, en la historia de las civilizaciones ocurre que introduce una creación real, aunque sólo conocemos un ejemplo, que se extiende a lo largo de varios milenios a partir del despertar inducido por la última inversión de los polos.

Cuando se examinan tiempos más cortos, aparece inmediatamente algún furor sangriento o la desmesura del orgullo, y lleva a una época a la vez caótica y petrificada cuya salida "natural", ya lo hemos dicho, se realiza por la violencia de un pequeño ragnarök. Aquí fue planificado y programado por demiurgos pervertidos que parecen haber comprendido su sentido primero y pretendían imponer al mundo, fuera del tiempo marcado por el Creador, una recreación de la civilización análoga a la "revolución neolítica". Ningún alquimista ha intentado en su crisol una parecida inducción forzada, al menos ninguno habla de ella, y nos parece razonable pensar que no conducirá a "un mundo nuevo" sino al desorden acostumbrado.

Subrayemos también las equivalencias simbólicas rígidas y no filosóficas introducidas entre los elementos y las prácticas sociales. Al fuego corresponde la energía del átomo; al agua lunar la conquista espacial asimilada a una navegación; al aire los climas y la opinión; a la tierra los seres vivos. Nada de esta clasificación habría sido admitida por los antiguos porque distribuye elementos heteróclitos bastante arbitrariamente, pero la encontremos hasta en las metáforas populares o entre los novelistas. En cualquier caso es sofisticada como hubiesen proclamado con nosotros los antiguos maestros.

El Padre de todo, el Telesma del mundo universal, está aquí. Su fuerza o su potencia permanece entera si es hecho tierra.

Con estas frases Hermes Trismegisto resume y comenta el estado de la Creación acabada. Pero nuestros demiurgos lo han entendido no como el reposo del séptimo Día, sino como una instrucción para continuar su obra y puesto de lo que se trataba era de "convertir en tierra", han aplicado su fuerza a hacer aparecer seres inexistentes hasta entonces, nuevos virus en biología, cuerpos superpesados en física ya que, por ventura, su arte no les permite suscitar especies más allá del primer grado estructural de corporización. Las bacterias o las plantas transgénicas no son sino organismos modificados, no criaturas inéditas.

Separarás la tierra del fuego, lo sutil de lo espeso, suavemente, con gran industria.

Tanta es la claridad de esta frase para un alquimista como fue la dificultad que tuvimos para comprender como la interpretaban ellos para sus propios fines. Separar lo sutil de lo espeso encontraba un sentido en teoría de la información, con la distinción entre hard (espeso) y soft (sutil). En lo que respecta a la tierra y al fuego ¿se trataba de aislar la biología de la física? ¿de oponer las dos

técnicas de manipulación del átomo, la fisión de los elementos pesados que sirven para producir la energía doméstica, y la fusión, analogon del fuego estelar, reservada para la bomba H? Esta última solución explicaría por qué las investigaciones sobre la fusión controlada fueron desalentadas sistemáticamente, aunque no fuera sino negando a los investigadores los subsidios y los laboratorios necesarios para su puesta a punto. Una tal desafección carece de sentido económico: el hidrógeno abunda en la naturaleza mientras que el uranio no se encuentra sino en escasas minas y exige costosísimos procesos de extracción; tampoco se justifica por los riesgos arrojados pues la fisión produce desechos mortales que hay inmediatamente que depositar, vigilar o volver a transformar. La aberración de esta política no ha dejado de sorprender a numerosos sabios a los que siempre se les negó una explicación creíble.

Sube de la tierra y baja del cielo, y recibe la fuerza de las cosas superiores y de las cosas inferiores.

Quienquiera que se haya inclinado sobre los escritos alquímicos comprenderá que el pasaje describe la ascensión del águila de la que nosotros mismos hemos hablado varias veces. Ahora bien, el águila figura en el escudo de los Estados Unidos y, desde la caída de los imperios de Europa, es incluso la única potencia que todavía la lleva. Exotericamente, en la sucesión de logros ostentosos destinados a fijar en el alma de los pueblos estrechas alegorías a guisa de símbolos, la construcción de la lanzadera espacial y sus idas y venidas públicas responderían a las exigencias de su ilusorio programa. De manera más secreta vemos aquí y allá intentos por aliar la tecnología más material a operaciones mágicas confundidas con el cielo espiritual. Ya no se contentan con dirigir la opinión mediante la prensa o la televisión, tratan de penetrar los cerebros mediante ondas para ordenar los pensamientos más íntimos como si cada ser humano no fuera sino una acotación de limaduras de hierro entre los polos del imán.

Así tendrás la gloria del mundo y toda oscuridad se alejará de ti

No despreciemos nunca a estos maestros ocultos de la alquimia fáustica. A imitación de los sabios trabajan en este mundo pero no por él ni siquiera con él. Si buscaran la gloria en el sentido ordinario del término, no se cubrirían con un velo de secreto casi totalmente opaco, poco propicio a exaltar las vanidades. La gloria, entre los antiguos, no es sino una energía de luz, a la que los magos persas llamaban el xvarnah, la misma que manifestó Cristo durante

su transfiguración. ¿Cómo aspirar al nimbo de esta gloria a la vez que se rechaza seguir los caminos de la revelación divina y realizar sobre sí las purificaciones más elementales? ¿Qué es pues esta gloriae mundi si no se la entiende ni en el sentido exotérico ordinario ni en su verdadero significado espiritual? Acabamos de ver que intentan agrupar y ordenar los cerebros para hacer de ellos alojamientos individuales de un alma única, de una especie de pan-anthropoz<sup>55</sup> artificial. El padre Teilhard de Chardin había anunciado como última perspectiva de la evolución la formación de lo que él llamaba noosfera.

Pero, además de que el pan-anthropoz cuyo profeta pretendía ser no advenía sino al fin de los tiempos, como un calderón musical del fin de los tiempos, su surgimiento en nada reducía la libertad personal. En su espíritu se trataba de una fusión de amor e inteligencia análoga a la que los teólogos más fiables han descrito como relaciones trinitarias de Dios. No nos corresponde juzgar lo bien fundado de las afirmaciones de los teólogos: las revelaciones de las que nos hemos beneficiado y sin las cuales nuestra labor alquímica hubiera sido vana, no concernían sino a la perfección de la materia y a la purificación de nuestra propia naturaleza. El optimismo del padre Teilhard de Chardin, la imagen lineal y suave que se hacía de la evolución no nos han convencido nunca y, si la noosfera a la que llamaba con toda su esperanza visionaria ha de realizarse un día, dudamos que sea antes de la formación de los nuevos cielos y la nueva tierra anunciados por San Juan.

Pero una noosfera impuesta para explotar su potencia mágica o decuplicar la intuición intelectual de algunos falsos demiurgos está emparentada con la violación de los ángeles que le costó a Sodoma desaparecer bajo el fuego y el azufre. Pues es efectivamente al ángel embrionario que hay en el hombre a quien quieren desviar de su vocación última, a menos que no tengan la jactancia de llegar a ser los únicos hombres verdaderos enviando a los demás a un callejón sin salida, simples células de una máquina pensante esclavizada. Más grave todavía; si nos aproximamos al brillante y locuaz satélite artificial previsto para la entrada en un falacioso tercer milenio, las divagaciones alentadas en torno al eclipse del 11 de agosto de 1999, parecería que se hubieran fijado una fecha para triunfar, lo que les obliga a intensificar su presión sobre las masas. ¡Pura locura hozar así! Un aprendiz se da cuenta desde sus primeros errores y desde sus primeras decepciones que alejarse de las vías de la naturaleza retrasa la obra cuando no obliga a volver a empezarlo todo desde el principio. Pero el orgulloso ni ve ni oye y por más que la materia le huya permanentemente en su crisol, él continúa hasta que todo se rompe irremediabilmente entre sus manos y, de vuelta, le rompe a él.

No iremos más adelante en el comentario de la Tabla emeraldina. Pues ellos mismo, hagan lo que hagan, no alcanzarán nunca ni siquiera la ilusión de la verdadera fuerza, fuerte de toda fuerza que vencerá toda cosa sutil y penetrará toda cosa sólida a la que el Cosmopolita llama, muy acertadamente, la Sal de la tierra<sup>56</sup>. La quintaesencia, en sus aspectos otros que minerales, mora más allá de la espada del kherub. ¡Finis gloriae mundi! En el cuadro de Valdés Leal, las nubes cubren la última luz y sólo se abren por arriba, desvelando la púrpura que reviste la mano divina y sin embargo natural.

Recibiendo esta revelación, el alquimista sincero llegará sin duda alguna a su fin, y la verdadera Gloríe Mundi reposará sobre él. Sin embargo, la obra posible al hombre, incluso en su plenitud, no manifiesta sino la esperanza de las cosas por venir; como los Magos en el pesebre o Salomón construyendo el Templo tendrá que depositar su verdadero tesoro en el altar invisible de Aquél ante quien toda carne gime de terror en sus extravíos o ignorancia primera, de amorosa Alegría cuando habiendo cumplido su parte de la obra y sin poder determinar de antemano ni el tiempo ni la hora, contemple no ya la apertura de la materia, sino la de los Cielos y la claridad de Su Gloria. ¡Y qué necio sería quien prefiriese la gloria vana de este mundo al Don divino más luminoso aún que el carbunco de los sabios!

### Las resistencias de la materia

Ni la Tabla de Esmeralda ni la sucesión de regímenes que describe Ireneo Filaleteo<sup>57</sup> pueden imponerse a la fuerza. La alquimia se diferencia de la ciencia exotérica en que respeta los tiempos de maduración propios de la materia en parto. Una reacción química ordinaria se producirá a poco que se pongan en presencia los cuerpos necesarios sean cuales fueren los lugares, los momentos y las cantidades a tratar: lo que primero se observa en el tubo de ensayo se aplicará de manera idéntica, con algunas precauciones, en las cubas industriales. La alquimia ha de tener en cuenta la interdependencia universal; todo no es reproducible en cualquier momento. El Mutus Liber<sup>58</sup> muestra la recogida del rocío ante los ojos de un carnero y de un toro, emblemas evidentes de los meses solares primaverales en el hemisferio norte: fuera del corto período en que sube la savia, en que la vegetación se vigoriza y se multiplica, el rocío indispensable a los espagiristas carecería de fuerza y nada se haría por mediación suya. Sin embargo, en las cercanías de Valparaíso una



recogida en abril no serviría de nada puesto que allí la primavera empieza en Septiembre. Y no hablamos sino de las condiciones estacionales de la espagiria y de la fabricación de remedios vegetales de un arte de boticarios que, por eminentemente respetable y útil que sea, no exige la décima parte de precauciones que requiere el arte de Hermes.

Mientras más breves sean las vías practicadas, más aumenta la cantidad de materia. Si no se toma la precaución de fraccionarla y de operar cada vez sobre pequeñas masas, reiterando el trabajo o simultaneando varios crisoles, más sutil es esta materia y más atento ha de estar el artista a las fluctuaciones de las condiciones cósmicas. Conocemos una granja de pollos en Poitu que una determinada semana perdió todas las crías. Todos los pollos presentaban malformaciones letales al romper el cascarón. Los propietarios llamaron a su compañía de seguros que envió a sus mejores expertos quienes no pudieron explicar esta mutación repentina más que por un flujo particularmente intenso, indetectable con medios ordinarios, de radiación cósmica. El campesino fue indemnizado de sus pérdidas y ahí quedó el asunto. Si el alquimista no vigila el menor signo procedente de su crisol para rectificar e intervenir inmediatamente puede perder en unos instantes todo un año de trabajo a causa de esos imponderables. Incluso los fugitivos estados de gracia que favorecen la obra deben atraparse al vuelo si se quieren consolidar sus beneficios.

La extrema sensibilidad de la materia trabajada exige tantos cuidados como un bebé y, como él, regula su crecimiento por influencias más misteriosas que el ciclo regular de los relojes. Nadie se atrevería a dar comida sólida al pequeño cuyos dientes todavía no han salido. Si es bueno conocer de antemano las fases de la obra, de nada sirve provocar artificialmente un régimen planetario si el precedente no ha llegado a término por el movimiento propio a la naturaleza del sujeto de los sabios. A fortiori sería vano pensar en abrir una materia sin preparar o cuya preparación no se hubiera completado. En fin, una de las trampas, y no de las menores, es que cualquier materia trabajada canónicamente como sujeto de los sabios puede dar resultados particulares alentadores, cierto, pero ilusorios, incluso y sobre todo si estos se parecen al resultado esperado hasta el punto de confundirse con él. Los maestros antiguos son muy claros sobre este punto: la transmutación del plomo en oro no basta para afirmar que se ha conseguido la Piedra.

La aplicación forzada de la Tabla de Esmeralda tal como la hemos visto desarrollarse desde hace medio siglo nunca ha tenido en cuenta el adagio alquímico según el cual todo está vivo; por el contrario la vida fue tratada como una cosa inerte o mecánica. Así que dudamos que los demiurgos hayan aprendido las lecciones de las resistencias que sin falta les ha opuesto su materia, bien sean elementos minerales bien sociedades humanas. La

unificación política del planeta, su primera etapa, no se produjo más cuando se creó la ONU que hoy pese a que ellos la esperaban de la noosfera impuesta y pese a sus esfuerzos por soldar a los pueblos y hacer tabla rasa de las identidades culturales mediante el olvido, insidioso tanto como voluntario, de la historia anterior de la puesta en pie de sus proyectos, es decir, de antes de 1914. Asistimos por el contrario -y el movimiento no cesará de ahondarse- al resurgimiento de la memoria propia de los pueblos. La unión planetaria se hará un día y sin duda al fin de la era presente, pero será sinfónica y no monódica, y más espiritual que política.

Paralelamente a la Tabla de Esmeralda los falsos demiurgos utilizaron otros textos alquímicos sin comprenderlos más. ¿Por qué el presidente Truman quería la guerra fría que Stalin<sup>59</sup> no deseaba entonces sino porque sus consejeros habían leído los comentarios sobre el combate de las dos naturalezas al abrir la materia? ¡Si hubieran proseguido la lectura hasta el fin! En esta lucha hermética no hay ningún vencedor, los dos adversarios, extenuados y destruidos, ceden el sitio al cuerpo nuevo y vigoroso que recoge sus dos herencias. Per ellos no quisieron en manera alguna este vástago, apostaron por un vencedor, América, pensando que mediante su victoria absorbería las energías vitales y los recursos de la Rusia agotada (como induce a creerlo una primera lectura del combate de la Rémora y la Salamandra descrito por Savinien de Cyrano Bergerac)<sup>60</sup> y ella misma sería el viejo atleta y el nuevo retoño. In fine no han conseguido sino levantar todos los pueblos contra este insolente vampiro. Si hubieran logrado el verdadero fin del combate, actualmente no sobrevivirían ni Rusia ni los Estados Unidos o, más exactamente, ni la economía de Estado ni el capitalismo. Ambos se habrían hundido para dejar sitio a un modo de producción y de cambio enteramente nuevo cuyas formas nadie puede imaginar. Cosas semejantes han sucedido a lo largo de la historia. Roma, perpetuada por Bizancio, y Persia se enfrentaron hasta agotar recíprocamente sus fuerzas. Sobre la ruina de sus imperios antagónicos pudo crecer la maravillosa civilización árabe que resplandeció hasta el siglo XVII y contó con tantos sabios y artistas antes de su actual decadencia. Igualmente el imperio llamado romano surgió de la destrucción mutua de Cartago y la República de Romulus. Por no haber comprendido esta necesidad del arte, América se prepara el destino de la orgullosa Asiria contra la que se volvieron juntos los pueblos oprimidos y saqueados y que, pese a su aparente poder, tuvo que ceder el puesto a los medos. Sin embargo, el relato bíblico de Jonás qué alternativa menos peligrosa se ofrece ante ella: la vuelta a la humildad, el abandono voluntario de la preeminencia. Nínive la asiria no cedió, ¡jay!, a las advertencias divinas más que en ese relato imaginario del que sabemos ahora que no fue puesto en las Escrituras sino para invitar a mayor

discernimiento a las potencias futuras.

Al menos, si es que consigue mantenerse, éste es el destino que le acecha. Hemos visto que los demiurgos le han asignado el papel de las águilas. Filaleteo, de acuerdo en este punto con todos los autores, limita sus vuelos a siete o a nueve. Llevar esta fase más adelante no conduce sino tanto del sublimado como del compost. Por poco que sea operativa la equivalencia simbólica que ellos han impuesto, obstinarse en promover a los Estados Unidos por encima de las demás naciones no llevará sino a su estallido pues el alma egregórica del Estado federal no podrá mantenerse más allá de su cohesión. Por lo tanto habremos de asistir a la dispersión de los Estados que lo constituyen y ya vemos signos anunciadores con la formación de un movimiento independentista en Texas. Demasiado mal llevada, la experiencia conduce seguramente a la explosión del crisol y ya lo estamos viendo agrietarse.

Además podemos predecir este estallido por otra vía. Con ocasión de la Guerra del Golfo el modelo estratégico fue concebido para cumplir mediante artificio la profecía del ángel Gabriel en el capítulo octavo del Libro de Daniel: "Un macho de cabrío venía de la parte de poniente sobre la haz de toda la tierra, el cual no tocaba la tierra, y tenía aquel macho de cabrío un cuerno notable entre sus ojos"<sup>61</sup> y machaca al ciervo o al carnero de la visión sin que este último pueda resistir ni encontrar salvador. Hubiera sido preciso todavía que este carnero de crecimiento arrogante representase a Babilonia. Daniel precisa bien que su visión tuvo lugar en Susa<sup>62</sup> y que el animal estaba en la otra orilla del río Ulai, actualmente el Karun, es decir, en Persia. Incluso si este río desemboca hoy en el delta común del Tigris y el Éufrates, la orilla opuesta a Susa, hasta la confluencia, se encuentra en Irán y no en Irak. Es verdad que el nombre del río Ulai significa en lenguas semitas el devastador y que en el Salmo 136 Babilonia se ve calificada de devastatriz. Admitamos como aceptable esta lectura cabalística aunque la consideremos muy dudosa. Sin embargo, la continuación de la profecía habría debido hacer reflexionar a los estrategas que vieron en el pequeño Irak la encarnación de la Babilonia del Apocalipsis: "Y estando en su mayor fuerza [el cabrón vencedor] aquel gran cuerno fue quebrado y en su lugar surgieron otros cuatro cuernos hacia los cuatro vientos del cielo".

Nadie juega imprudentemente con los símbolos activos. En los escritos y pinturas de la antigüedad el cuerno siempre ha designado la capacidad de crecer. Por ello es por lo que se colgaba una cabeza de buey junto a los campos o a la entrada de las fincas, o por lo que se representaba a las diosas de la naturaleza teniendo en sus brazos el cuerno de la abundancia, desbordante de frutos, espigas y flores. Los comentarios del ángel a Daniel sobre el sentido

de la visión evocan a los ojos de un historiador la conquista de Persia por Alejandro y el desmembramiento de su imperio en los cuatro reinos helenísticos. Pero los modelos proféticos están inscritos fuera del tiempo histórico y se aplican cuando se dan las condiciones requeridas como hemos visto para el ciclo de las cuatro edades. Atribuir a los Estados Unidos el papel de macho cabrío occidental o, más exactamente, hacer de esta nación el cuerno que agrupa todas las fuerzas de la coalición era, por la misma magia de los símbolos, invocar sobre ella la cuádruple rotura. En la época de Alejandro pasaron veinte años entre la victoria de Arbeles y el principio de la partición del imperio, que llevó todavía diez años. No debemos considerar estos números como intervalos absolutos; pero retengamos la rapidez con la que se rompe el cuerno único del macho cabrío puesto que se hace en menos de una generación después del triunfo. Las reglas sucesorias electivas del presidente de los Estados Unidos no preservarán su imperio secreto, ni su integridad, de las causas inscritas en los cielos angélicos. Los herederos de Alejandro no pudieron mantenerse, no por falta de competencia o por debilidad personal, sino porque les fue retirado el sello divino del poder y por ello no pudieron obtener el reconocimiento indispensable del alma de los pueblos.

Si Europa es asimilable desde este punto de vista a la coalición macedonia, será la primera en retirarse de la zona de influencia americana. Por cierto asistimos a los primeros estremecimientos de esta retirada sea con la biliosa guerra del buey y la mostaza o, más gravemente, con la decisión de construir un ejército independiente del Pacto Atlántico. Los otros reinos helenísticos fueron construidos alrededor de las capitales de Alejandro. Como América no ha trasladado las suyas fuera de su suelo, apostemos razonablemente por New York, Chicago o Dallas, y San Francisco.

El cuerno del macho cabrío se quiebra no porque haya emprendido la conquista de las tierras del carnero, sino porque no ha sabido moderar su rabia en destruirlo. Daniel dice: "Se amarga contra él". Los escritores que elevaron la aventura de Alejandro a la dimensión de la epopeya le reprocharon todos la cólera ciega y pasar por encima del equilibrio que los griegos llamaban ubriz, la joroba. Es el más español, el exceso contra el que pone en guardia Juan de Valdés Leal. Cuando en las vías secas o breves el artista no sabe medir el furor del régimen de Marte no obtiene sino la piedra flameada y prostituida y, además, el crisol se rompe por la violencia de la operación. Los más sabios soberanos de la antigüedad, cuando edificaban imperios, se preocupaban por respetar en ellos las cuatro partes espaciales, correspondientes a los cuatro barrios de las ciudades y a las cuatro funciones. Así Sargón de Agadé se hizo nombrar rey de las cuatro regiones. La unidad se hacía en el centro, analogon de la quintaesencia. En el momento de su intronización, los reyes de Tara o

del quinto reino de Irlanda, que tradicionalmente aseguraban la cohesión de toda la isla, ponían el pie sobre una piedra llamada Lia Fail. Si el pretendiente era legítimo, la piedra gritaba y se hendía, temporal y simbólicamente, en cuatro partes que representaban los cuatro reinos y las cuatro islas del Norte de donde, según la leyenda, habían descendido los Thuata dè Danan. Después de semejante iniciación, el rey del centro nunca más renunciaba al sentido de su función unificadora y al respeto que debía a las cuatro partes de Irlanda. Pero cuando el ubriz del soberano le llevaba a olvidar el sentido de la centralización, cuando tiende a aplastar y uniformar en vez de a unir, el mismo exceso de la cohesión que pretende conseguir provoca la exigencia explosiva del cuaternario del que había olvidado que había salido.

Puesto que América, empujada a la ubriz por sopladores insolentes, se comporta respecto a los cuatro continentes como ni el mismo Alejandro nunca osó, proscribiendo hasta la diversidad de maneras en el arte de vivir, en verdad sólo sería justicia que por ello sufra el castigo del que los ángeles son garantes íntegros. A menos que su pueblo escoja la caritativa alternativa ofrecida por Jonás.

### Ni más ni menos

Acabamos de ver cuáles son los excesos que mancillan la obra de los demiurgos americanos; pero la balanza que pesa las funciones y los corazones en el cuadro de Valdés Leal pone en guardia al alquimista con igual fuerza contra las carencias. El muy caritativo Cyliani, en su Hermes desvelado<sup>63</sup> cuenta como, en un sueño maravilloso y terrorífico, la ninfa le autoriza, tras la apertura de la materia a servirse<sup>64</sup> de los dos vasos que contienen las sustancias necesarias al trabajo del artista. Con ellas llena a duras penas dos bicales de cristal. Examinando a continuación esta primera recogida su consejera le hizo este reproche: "Uno de tus bicales contiene más materia andrógina de la que te hace falta, pero no has cogido bastante espíritu astral, necesitas infinitamente más; y, como dice Arnaldo de Vilanova, para ello hace falta abundancia de agua, de espíritu destilado". La timidez en recoger este espíritu estelar desde el principio de la obra ha llevado al fracaso a muchos aprendices. No sin razón los antiguos dieron el nombre de espíritu a este agente imponderable, viendo formado al universo, al igual que al hombre, de un soma tangible, de una psijh o alma retozona, sede de las emociones y de la razón inferior, y de un nouz o espíritu que Platón, en su célebre metáfora, considera el conductor del carro. Es lo que confirma el apóstol Pablo cuando distingue el hombre carnal, en el que solo actúan soma y psijh y el hombre espiritual o

noético, el cual "juzga de todo y no es juzgado por nadie".<sup>65</sup>

Sin embargo en la visión griega, incluso el despertar noético era insuficiente si no estaba bañado por un Soplo misterioso llamado pneuma; los hindúes hablan de él en sus Upanishad, como, por ejemplo, en la Kaushitakî: "Yo soy el soplo, asimíame, que soy el Sí consciente, a la duración vital, a lo inmortal... Por el soplo se alcanza en efecto la inmortalidad en este mundo y por la conciencia la ideación verdadera"<sup>66</sup> La misma distinción existía en los autores latinos entre corpus, mens, y spiritus.

La civilización occidental parece haber perdido a finales de la Edad Media estas nociones tan claras para griegos y latinos. Los teólogos confundieron parcialmente las mens con el alma y, posteriormente, el término espíritu ha designado indistintamente el soplo y dimensión noética; los arquimistas lo aplicaron a los alcoholes y a otros productos volátiles de la destilación. Luego los filósofos "de las luces" vieron en él la razón aplicada a la observación de fenómenos. Finalmente los teósofos del último siglo lo asimilaron a lo que los físicos llamaban el éter, cuyo carácter de construcción completamente ilusoria y a posteriori demostraron en 1881 las experiencias de los señores Michelson y Morley. ¿Cómo evitar después de tantos malentendidos que un principiante, en sus primeras lecturas de los escritos alquímicos, no se forme una opinión errónea del espíritu? Mejor sería pensar que el término es voluntariamente vago para velar un secreto del arte y no extraviarse sobre una idea preconcebida.

No podían dejar de aparecer otras confusiones entre los físicos, quienes desde principios de este siglo se maravillaban con el parecido entre lo que descubrían en el laboratorio y los antiguos sabios, de los que a lo largo de sus estudios les habían dicho que no eran sino testimonios polvorientos de los sueños y quimeras de tiempos pre-lógicos. El tan misterioso "espíritu" del que hablaban los antiguos maestros ¿no sería la triple radiación que emanaba de las sales de uranio o de radio, tan hermosamente bautizadas por Pierre y Marie Curie en 1898, que parecen desafiar las leyes de la termodinámica? ¿O la palabra designaría campos de los que el electromagnetismo no era sino un ejemplo, tales como los rayos X descubiertos por el Sr. Roetgen en 1895?. Quienes entonces trabajaban en el crisol no desdeñaron someter la materia, en las diferentes fases de su transformación, al test de la placa fotográfica o de acercar a ella la aguja de una brújula. Nosotros mismos nos dedicamos entonces a estas verificaciones, no encontrando en las mismas nada que pudiera contradecir a los filósofos químicos cuyas lecciones seguíamos.

A algunos se les ocurrió entonces la idea de que la alquimia, tal como había sido transmitida de edad en edad por los Adeptos dispersos desde la China al antiguo Egipto, podía no ser sino la memoria oscurecida de una ciencia más

antigua y más completa, el eco atenuado de una civilización comparable a la que los físicos contribuían a hacer nacer.

El Sr. Bergier da en sus obras numerosos ejemplos de parecidas especulaciones. En primer lugar se habría ocultado el saber a consecuencia de un mal uso destructor cuyo horror es contado por el Majabátrata; después de 1945, el arma fulgurante de Indra, al igual que el fuego y el azufre vertidos sobre Sodoma y Gomorra evocaban hasta la evidencia el fogonazo atómico. Posteriormente, a medida que esta pretendida civilización se borraba de la memoria de los pueblos, se habría dado un sentido místico a expresiones que ya no se comprendían. Los mismos alquimistas no habrían obtenido la piedra filosofal sino siguiendo al pie de la letra instrucciones y recetas sin disponer del cuadro teórico necesario a la comprensión de su labor, condenados a repetir como ciegos las operaciones descritas por sus antecesores.

La leyenda "atlante" así revitalizada fue sin duda útil como advertencia para dar alguna conciencia de su responsabilidad a quienes manejaban fuerzas en el límite de lo que el hombre puede controlar. Quizás ha contribuido a impedir que los gobiernos desencadenen otro conflicto mundial. Pero también tiene el efecto perverso de mantener las confusiones sobre el spiritus astralis necesario a la obra y dejar creer a los que se extraviaban que no consistía sino en un efecto de campo que, a lo más, inducía en el cerebro humano estados de conciencia superiores al estado ordinario de vigilia. Dichos estados, aunque obtenidos por energías más bien físicas que sutiles parecían depender a sus ojos de una auténtica sublimación y constituir el secreto alquímico por excelencia. Se habían dado, si nos atrevemos a decirlo dos golpes con una sola Piedra, transmutar la materia y generar un superhombre.

No saquemos de ello la conclusión apresurada de que los demiurgos americanos fueran o sean agnósticos. ¿No han sido al principio nuestros hermanos de ciencia? Pero una concepción demasiado estrecha de Dios y de su Obra implica a veces estragos que el ateísmo, satisfecho con los deseos animales. "Hijos, guardaos de los ídolos" advertía San Juan al fin de su Primera Epístola. Los colonos llegados de Inglaterra a finales del siglo XVII pertenecían en su mayor parte a sectas calvinistas perseguidas en el reino; con ellos también emigraron algunos espíritus más libres, aunque también más raros. La necesidad en la que se vieron de ofrecer garantías a las ciudades que los toleraban imprimió en sus descendientes una parte del pesimismo puritano hacia la naturaleza, esa especie de dualismo moderado que otorga al diablo más poder sobre seres y cosas de los que en realidad tiene. Si por la caída de Adán, pensaron, la muerte ha entrado en el mundo, es por lo tanto el origen de la esterilidad de los metales como de la crueldad de los animales privados de razón y de la maldad del hombre. San Agustín, que fue maniqueo, veía en la

gracia divina una sobrenaturaleza, la única capaz de paliar las debilidades intrínsecas de la naturaleza humana. Calvino llevó estas ideas al extremo, hasta pretender que todo lo que Dios no salvara sería condenado y, como Cristo dice que "muchos son los llamados pero poco los elegidos"<sup>67</sup>, concluyeron contra toda razón que el cosmos, abandonado a sí mismo, no conduciría sino al desorden. Así que siempre habría que redimir a la naturaleza salvo que se agregara a ella una gracia substancial que Dios no habría distribuido más que con una avariciosa parsimonia.

Abordar la alquimia en semejante contexto es extraordinariamente peligroso. Por una parte los filósofos herméticos recomiendan seguir las vías de la naturaleza; por otra afirman que sin el don de Dios que revele al artista como operar su trabajo será vano. El primer adagio parecía inadmisibles a gente educada en el puritanismo; el segundo no podía significar sino una elección personal a la cual no podían sustraerse si habían recibido alguna luz sobre el arte y obtenido un primer resultado. Tampoco necesitaban llevar el razonamiento muy lejos para asimilar este don de Dios a una gracia sobrenatural impuesta no al hombre sino a la materia. Alimentados en las universidades del Nuevo Mundo de lecturas bíblicas y ciencias naturales, aquellos a los que llamaremos los estudiantes de alquimia de Boston no disponían en el siglo XIX para guiar su trabajo sino de algunos tratados importados a precios enormes y, ¡ay!, no parece que leyeran los autores más caritativos. El calamitoso Dom Pernety pasaba por proporcionar las llaves del lenguaje abstruso de los hijos de Hermes, mientras que no hacía sino agregar envidiosas trampas a los lazos ya puestos por su maestro Ireneo Filaleteo. Guiados, si podemos decirlo, por tales psicopompos, nuestros jóvenes artistas no iban a correr en toda inocencia sino de sinsabor en sinsabor hasta que los textos de los hindúes les fueron accesibles. Y, luego, todo se mezclaba, la Tabla de Hermes y la de Horeb: la ley de Moisés y la de la naturaleza, ambas concebidas como una gracia constrictiva, como el castigo divino necesario para evitar la caída en el abismo; la elección de los santos y los artistas entre los hombres y la de la Piedra entre los minerales. Entendían que la perla perfecta no se conseguía sino al precio de innumerables escorias. Ciertamente se podía esperar de la transmutación final la salvación de estos deshechos rechazados a lo largo del proceso de elección; pero primero había que alimentar el germen de la Piedra a expensas de todo ese considerable resto.

Hemos puesto permanentemente en guardia a nuestros alumnos contra semejante interpretación de los escritos herméticos y en eso no hemos sido ni el único ni el primero. Los aprendices de Boston tampoco fueron los únicos extraviados por la insistencia de Filaleteo en no emplear más que el vaso precioso cuando describe vías o fases de la obra donde el trabajo solo tiene



algunas posibilidades de ser rematado en el vaso vil. En verdad, mientras más breve es una vía, más vulgar parece la materia necesaria. Perfeccionar el oro ordinario para hacerlo filosofal exige más trabajo y tiempo que partir de minerales inferiores. En alquimia humana es todo el sentido de la parábola del fariseo y el publicano. El primero da gracias por su perfección y no cesa de compararla con lo que ve alrededor suyo menos logrado ¿cómo aceptaría la apertura que lo desharía, aunque no fuera más que un tiempo, para ganar un estado más elevado? El segundo se sabe en lo más bajo de la escala y por lo tanto no tiene tantas resistencias que vencer. Pero sin la apertura, única que hace de una materia un vaso y un recipiente ¿cómo recoger el espíritu astral?

El error de Filaleteo, aplicado a la alquimia social que han querido ensayar los demiurgos herederos de los alquimistas Boston, les ha llevado a ver en América el germen áureo de la Piedra que transmutaría a la humanidad. Pero esta solicitud respecto a la "nación elegida", además de que les ha hecho defender todas las bajezas y saqueos dictados por el interés de algunos industriales y financieros, les impidió proceder verdaderamente a la apertura de su farisaica materia. Por otra parte, asimilando el espíritu astral a la gracia divina tal como la concebía el puritanismo, es decir expresada por una ley constrictiva y por la imposición, como una estampilla, de una sobrenaturaleza, el mejor servicio que esta América podía prestar a la materia vil o a los deshechos de la obra -el resto del mundo- era, creyeron, someterlo a algún "nuevo orden mundial". El resultado previsible fue que no recogieron sino muy poco espíritu astral verdadero, muy insuficiente para la menor operación verdaderamente alquímica.

Cyliani, es su primera operación, nos dice haber empapado progresivamente de espíritu astral las dos naturalezas metálicas y precisa que con él llegó a hacer "flotar la materia". Cuando a continuación procede a la primera separación habla de secar "a la luz solar" el cuerpo más sólido. En esto coincide curiosamente con los testimonios de los grandes ascetas del desierto que describen las operaciones del espíritu neumático sobre el alma y que también emplean la metáfora del agua para los consuelos del Espíritu Santo. Y la del desecamiento y la aridez para los ayunos impuestos desde lo alto a la yigh. Tanto estos santos maestros de la vida espiritual como los filósofos químicos precisan que no sirve para nada trabajar una materia en tanto que no ha recibido este rocío vital. La sequedad del desierto no es activa más que sobre un alma abierta al nouz y llena de pneuma que la despierta a la vida; un alma seca por la antigua sequedad de la muerte lo único que haría sería acartonarse como un cuero olvidado en el fondo de un granero. Esta regla vale para todas las materias. Por lo tanto si se osa trabajar el alma colectiva de la humanidad ¡cuánto más debería invocarse y recoger con el mayor cuidado ese

Espíritu del que habla el Evangelio para verterlo sobre ella!

Los aprendices de Boston no han ignorado por completo esta necesidad; pero parecen haber confundido los diferentes espíritus de los que hablan los textos alquímicos a cuya colección y desciframiento han dedicado todos sus esfuerzos desde 1945, perpetuando la confusión inicial entre alma, espíritu noético y espíritu neumático, entre anima, mens y spiritus; en la materia entre espíritu y campo unitario. Es sabido que cuando el artista comete el error que apunta Cyliani y no recoge al principio sino una cantidad demasiado justa de espíritu astral, existen varias derivaciones para hacerlo crecer. No discutiremos aquí de ellas pues ello podría aumentar las confusiones que acabamos de evocar. Socialmente, las primeras consecuencias de esta carencia fueron lo que el Sr. Gauchet llamó el "desencanto del mundo" del que equivocadamente hacía responsable a la cultura "judeo-cristiana" en su conjunto. El desecamiento no es el resultado sino de una concepción demasiado estrecha y demasiado dualista de esta tradición. Pero nuestros demiurgos, dándose cuenta que corrían el riesgo de trabajar una "materia" demasiado seca, buscaron el equivalente del auxiliar que se utiliza en la obra mineral. Favorecieron pues el desarrollo de doctrinas y prácticas destinadas según ellos a permitir la efusión del alma y a prepararla para lo que ellos creían ser la acogida del espíritu. En el siglo XIX alentaron el espiritismo –¡en inglés spiritualism!- para atajar la progresión del ateísmo; en música la New Age se benefició de sus favores. En ambos casos cogieron un sucedáneo del agua de vida, sucedáneo quizás emoliente pero en caso alguno vitalizante. Saturada de esta agua inerte, la materia no apaga el ardor de sus sed y tampoco tiene la fuerza para recibir el rocío verdadero.

En la Historia vemos civilizaciones que se pierden por falta de Espíritu. Los antiguos etruscos, pueblo bastante amable en sus orígenes si creemos los frescos de las tumbas, lo sustituyeron por el rito y la minucia en la adivinación. La inquietud que esta práctica no podía dejar de suscitar aumentó progresivamente hasta que las artes nos muestran a este pueblo invadido por Gorgonas y genios devoradores y sucumbiendo bajo el peso de sus terrores. Algo de ello pasó a roma donde eso tomó la forma de exaltación de lo jurídico incluso en el culto de los dioses. El Sr. Kerény subraya con justeza al estudiar la religión romana que no implicaba ni mitología ni arte<sup>68</sup>: todo fue tomado prestado a los griegos en la época de Augusto, cuando el gran poeta Virgilio buscó sus modelos en Homero. Antes de él, fuera de algunos cuentos sobre las aventuras de Hércules, todo lo religioso se concentraba en la pietas, un conjunto de obligaciones semi-rituales o legales y medio morales cuyo respeto se pensaba que bastaba para satisfacer a los dioses y asegurar la buena marcha de la ciudad. Es sabido en qué desorden se hundió la República romana y el

primer tiempo del imperio, pese al reino luminoso de Augusto, antes que la dinastía de los Antoninos viniera a darle forma de nuevo.

El mismo desorden, que acecha a toda sociedad a la vez desecada, sometida al imperio puntilloso del reglamento, privada de la esencia vital de la fe y trabajada por sucedáneos puramente psíquicos, está creciendo primero en América, luego, por las coacciones que ésta impone, en el conjunto del mundo occidental. Se ha pretendido encontrar la causa de estos males en lo que los sociólogos engloban bajo el nombre anonia, en el desarrollo de la ciencia profana o en el barullo de la máquina industrial, en la supremacía de la economía sobre la política y, recientemente, en el invento de los ordenadores. ¡Fruslerías todo eso! Ni romanos ni etruscos se servían de la mecánica, no inventaron la bolsa ni la electrónica, y sus sociedades también cayeron en la angustia, la orgía y la pérdida del gusto de vivir. Anonia viene de a-nomoz que significa sin ley, sin costumbre o sin manera de ser, pero también sin pasto. La delitescencia de las estructuras sociales orgánicas en provecho del desorden o de lo que la ciencia moderna llamaría entropía, viene de la pérdida de los pastos del alma, es decir, del verdor nutricional, de la esmeralda de los filósofos. En los romances medievales el remedio de la tierra gaste, es decir, seca y estéril a causa de un error en el combate, el golpe doloroso, se encuentra en la busca de ese Grial al que Chrétien de Troyes nos describe como un rubí y Wolfram von Esenbach como una esmeralda. Hemos discutido suficientemente estos colores de la Piedra o de la Sal en nuestras obras precedentes y no lo trataremos aquí. Los símbolos del verdor y del flamear también se encuentran en el *Ars brevis* o en el *Ars magna* de Raimundo Lulio y en los autores posteriores.

Las sociedades antiguas afectadas por la anonia no pudieron volver a levantarse hasta que se tomó conciencia y fue patente la carencia de Espíritu. Las vemos entonces agotar uno a uno todos los sustitutos, religiones de misterios, gnosis, sectas y los más extraños cultos, y aspirar en estas fuentes el débil hilo de agua de vida que las mismas podían dar. Cuando por fin llegaron, a través de la iglesia aún naciente, a una fuente más abundante, se renovaron con ella hasta el punto que los historiadores diferencian dos civilizaciones casi heterogéneas antes y después de Constantino.

Occidente se encuentra en un punto en que la sed comienza a hacerse bastante intensa para ser percibida, en que los pueblos buscan la menor gota de verdor para contenerla. La multiplicación de sectas, prácticas, o terapias "suaves" recuerda a las apretadas muchedumbres en los templos de Asklepios, la importación de los budismos o de los yogas de la India es una réplica de la acogida por Roma de las escuelas de los misterios de Tracia o Asia menor, o del culto a la diosa de Eleusis. Como en el imperio de los primeros siglos, las

autoridades políticas pasan sin saber por qué de la desconfianza represiva a la tolerancia, quizás porque en semejante sequía, la conciencia de la sed parte del pueblo, al igual que en el crisol la avidéz comienza en lo más íntimo de la materia. Es imposible predecir cuanto durará esta fase ni las formas exactas que revestirá; irán desde los cultos delirantes y los integrismos más obtusos hasta las más sabias gnosis, sin poder apartar de su estela las magias perversas ni las provocaciones a las tinieblas. Todo lo que nos enseña la experiencia histórica es que nada detendrá esta búsqueda desordenada, nada, ni leyes, ni persecuciones, ni discurso racional o moral, ni tentaciones superficiales de bienestar, ni presiones mágicas tratando de canalizarlas, mientras los pueblos no hayan vuelto a encontrar la Fuente verdadera y no se hayan saciado en ella. Pero cuando hayan gustado esta agua, se verá que las viejas estructuras ideológicas, sociales, políticas, económicas, incluso religiosas, habrán sido transformadas en profundidad, y esto vale también para las iglesias, forzadas a abandonar sus superfluidades ante la potencia del flujo que las atravesará. Son los tiempos que profetizan Oseas y Joel: "Fuego consumió las partes del desierto y llama abrazó todos los árboles del campo. Las bestias del campo bramarán también hacia ti, porque se secaron los arroyos y el fuego consumió los pastos del desierto"<sup>69</sup>. "Sus obras les impedirán volverse a su Dios porque el espíritu de fornicación está en medio de ellos y no conocen al Señor... Con su ganado, pequeño y grande, andarán buscando al Señor, y no lo hallarán"<sup>70</sup>. Entonces viene el consejo de invocar a Dios: "Después de esto derramaré mi Espíritu sobre toda carne"<sup>71</sup>.

Estas profecías del Día del Señor, que acaba y renueva el mundo, tienen valor de modelo para toda revivificación, en la materia y en las civilizaciones. La Fuente no es reconocida más que por la Sed, y la sed no actúa sino cuando alcanza un grado de intensidad suficiente, atizada no por la sequedad sino por el recuerdo de la frescura de las aguas. Hasta ahí sólo serán probadas las fuentes más aberrantes pues no se soportaría verdor más verde ni agua más ígnea.

Así como el imperio de Constantino no abandonó los logros de la civilización romana al transformarse, la civilización actual no debería apartar sus descubrimientos científicos y técnicos para recibir al Espíritu. Tras su efusión, los sentidos y los fines asignados a los conocimientos modernos se verán sin duda reorientados. Pero sería muy extraño y perjudicial que desaparecieran. No fue el cristianismo del imperio el que condujo a una regresión, por cierto menos importante de lo que se cree, en la parte occidental tras la partición hecha por el emperador Teodosio. Fueron las destrucciones engendradas por las guerras sucesorias y la ambición de Atila, después las querellas de los reyes francos. En el norte de las Galias donde fueron particularmente violentas

se perdieron muchos sabios; en el sur, salvado hasta el siglo VIII, se conservaron las artes y las ciencias, al igual que en Irlanda. Pensar que la renovación espiritual barrería las de nuestro tiempo es creer todavía que es en ellos donde reside el pecado del siglo y la razón del desecamiento, cegarse en la coincidencia de hechos y confundirla con sus causas, siempre más sutiles y profundas de cómo las comprende el profano.

## Multiplicación

La gran Obra, cuando es llevada canónicamente y cuando el artista alcanza su fin, no se detiene en la obtención de la Piedra. A continuación es necesario seguir con el trabajo para purificarla y afinarla. A cada una de estas vueltas de rueda el tiempo de elaboración es más corto. Tuvimos la curiosidad de medir la duración de las vueltas de rueda con un poco más de exactitud que las indicaciones de los autores que nos precedieron. Varía más que lo que oscila la velocidad de las reacciones simplemente químicas, aunque la progresión de una vuelta de rueda a la siguiente parece obedecer a una ley exponencial decreciente según el tiempo, creciente según la velocidad. Puesto que los alquimistas recomiendan seguir las vías de la naturaleza, también tuvimos la intuición de comparar estos parámetros con los que se desprenden del estudio de la evolución cósmica o de la aparición de los seres vivientes<sup>72</sup>. Como habíamos pensado de entrada son los mismos. Así obtuvimos una confirmación suplementaria de que la verdadera Gran Obra es la que lleva el Artista Divino sobre el cosmos que Él ha creado y que no cesa de perfeccionar.

Constatamos sin embargo una diferencia entre lo que el alquimista tiene la oportunidad de operar en su crisol y lo que hace el único verdadero Artista. Cuando conducimos la materia a su perfección debemos limitarnos, a lo más, a diez vueltas de rueda; la Piedra se vuelve entonces tan sutil y tan volátil que ningún recipiente material puede ya contenerla y se difunde en todo el universo pasando así más allá de la intervención de nuestro arte<sup>73</sup>. Ya a la segunda vuelta de rueda si no a la tercera, no tiene la solidez del cristal sino la blandura de la cera; a la quinta obtenemos un líquido y, más se la reitera, más volátil se vuelve. Estas transiciones de fase, por emplear el lenguaje de la ciencia moderna, no obedecen a las leyes ordinarias, no depende apenas ni de la temperatura ni de la presión exteriores, sino de la pureza de este cuerpo imposible de colocar en la tabla de Mendeleiev. Lo que más se parece en el universo a nuestras vueltas de rueda, entre dos etapas de la creación, ha superado desde hace muchísimo las diez reiteraciones fatídicas sin que su

materia se volatilice.

La Obra cósmica parece poseer dos componentes temporales: una cíclica y periódica, otra exponencial. Si seguimos en nuestra Tierra la curva obtenida examinando la diferenciación de las especies obtenemos los datos, o más exactamente las horquillas de los datos, de los grandes descubrimientos que modifican profundamente las sociedades humanas, como la aparición de la agricultura, la escritura, la utilización de los metales o la abstracción filosófica en el sentido ordinario del término. Una tercera componente entra en juego, la que hemos evocado mostrando que los modelos revelados por los profetas se aplican a diversos momentos de la historia. Serían modelos intemporales que se establecen para corregir un error colectivo o para asegurar la transición entre diferentes fases de la Obra.

La humanidad está en el período crítico de la curva exponencial. Hasta ahora, una vuelta de rueda del Gran Artista se desplegaba a lo largo de varias generaciones y anteriormente incluso sobre varios siglos o milenios. Desde hace poco duran menos que la vida de un hombre, lo que significa que, en una fecha incalculable debido a las horquillas de la variación pero relativamente próxima, del orden de veinte a treinta años, el proceso se volverá literalmente explosivo. No se trata de la entrada en la era de Acuario reclamada a grandes voces por los que no tienen en cuenta más que el componente cíclico. El año precesional no atraviesa "signos" iguales sino las constelaciones reales; Piscis, Acuario, Capricornio forman, vistos desde la Tierra, un todo imbricado como las escamas de la tortuga, hasta un punto tal que la entrada del punto vernal en Acuario no tendrá lugar sino hacia el 2100 y la salida definitiva de Piscis hacia el 2.700. Esto de lo que hablamos es el nudo crucial de la componente exponencial.

Los intentos actuales por traer esta excepcional transición de fase a una fecha más satisfactoria para la razón inferior, 1999 en el que estamos o 2000 que es una cifra redonda del calendario, no tienen sentido alguno. El año 1 calculado por Denys le Petit a partir de las indicaciones históricas de los Evangelios fue un esfuerzo vano: ahora se sabe que se equivocó por lo menos en tres años, si no en seis o siete. Contando a partir del verdadero nacimiento de Cristo, el año 2000 sería de hecho el año 2003 o 2006... Pero dejemos aquí estas incoherencias pueriles. La sombra de las cosas por venir de las que habla el apóstol Pablo se proyectan a 20 o 30 años con bastante fuerza sobre la humanidad para que cada cual sienta ya su insistente roce. La humanidad corre hacia una excepcional transmutación cuya naturaleza nadie conoce. ¿Es la que los profetas del Antiguo Testamento llamaban el Día del Señor? El término se aplica en las Escrituras a cada una de las intervenciones divinas, a cada vez que el Artista actúa directamente sobre su crisol cósmico, desde los

límites impuestos a la arrogancia de un pueblo hasta el Día último en que la misma estructura espacio-tiempo será quebrantada y transformada. Hacia lo que vamos sería más bien hacia el Día del Hombre, la aparición de la quintaesencia bajo la forma propia a nuestra naturaleza.

Esta transición es tanto más crítica cuanto que depende tanto de la habilidad del Artista Divino como de nosotros y de nuestro asentimiento. Por ello es por lo que nos parecen tan poco oportunos los esfuerzos demiúrgicos desordenados que hemos denunciado a lo largo de estas páginas. Vale mil veces más dejar actuar a la naturaleza que tratar de forzarla: las resistencias que no pueden dejar de aparecer contra esta presión parásita hacen más peligroso, y quizás más doloroso, el pasaje crucial. Incluso el fracaso no está excluido. No significaría la destrucción de la humanidad ni la pérdida de todas sus adquisiciones –aunque hay riesgo de regresión técnica si las guerras se mezclan en el asunto- pero sí la pérdida de la tensión espiritual acumulada desde los orígenes del mundo. No pensamos que las cosas lleguen hasta ahí. Todo muestra por el contrario, empezando por la proliferación de sectas y falsos profetas, que la sed espiritual es demasiado profunda para que el tránsito fracase completamente por desecación y falta de fermento.

En tales fases cruciales ocurre en el laboratorio que las fuerzas en presencia sean demasiado importantes para la capacidad de resistencia tanto del vaso alquímico como del crisol que lo contiene y que todo explote. Pero el vaso de la naturaleza fue previsto por el Artista divino en función de su Obra; incluso la caída adámica no podía desligar su cohesión fundamental. No tememos pues en absoluto el aniquilamiento ni de la humanidad ni de la Tierra que la lleva pues eso sería dudar de la Sabiduría más que eterna que dio ser y devenir a la creación y cubrió con sus alas el caos anterior a la luz. La única cosa que hemos de temer, si excluimos la deflación espiritual o la explosión, sería que las resistencias nos hagan el paso inútilmente doloroso o que la quintaesencia obtenida contenga todavía demasiadas superfluidades impuras.

En este sentido el alquimista ya se guarda de pedir demasiado a su materia, aunque todavía pueda intentar las últimas rectificaciones. Pero lo que nos aparece en nuestro crisol no es sino la promesa de las cosas por venir que sólo el Artista divino conoce perfectamente. Intervenir con una comprensión limitada del proceso cósmico sobre lo que no puede ser sino Su Obra sería simultáneamente temeridad loca y vanidad de vanidades. Nadie puede creerse razonablemente llamado a un trabajo semejante, incluso si piensa haber recibido luces particulares sobre la conducción de la Obra. En un tal Día, estas luces no serían sino ilusión.

Debemos precisar un punto esencial de esta conducción de la obra como advertencia caritativa a quienes roe la ambición demiúrgica, sobre todo si

creen que llevan al mundo hacia un bien superior y bullen con la indignación de Elías hacia los idólatras. Cuando el Artista empieza el proceso alquímico según una vía canónica sigue un camino trazado e inmutable y, sin embargo, lo hace en completa libertad. Una fuente de los errores acumulados por los filósofos aprendices americanos que no hemos cesado de denunciar en esta obra podría deberse a la traducción inglesa de vía canónica por rule way. El término canónico viene del griego kanon que no es sino la importación a esta lengua del agadeo kanûn, que significa caña, a menos que la palabra sea más arcaica todavía y proceda del sumerio. En un país de deltas falto de árboles, los arquitectos de los templos utilizaban una caña para realizar sus medidas y de este kanûn es de donde viene en línea recta la caña de los compañeros constructores. En principio se trata pues de una regla-patrón y no de una ley jurídica. La alquimia ha conservado el sentido primero del término: una vía canónica es en primer lugar una manera de obrar cuyas medidas son conocidas y probadas. Ni más ni menos.

Los obispos que utilizaron el término canon para designar las decisiones disciplinarias de los concilios todavía entendían el sentido primitivo. No usaron lex, el reglamento escrito y constrictivo pues sabían que no hacían más que indicar medidas justas dictadas por la experiencia espiritual y que habían recibido la autoridad de padres, consejeros o pedagogos y no de legisladores. El significado del rule inglés se aproxima, ¡ay!, más a la lex romana, completamente exterior, que al canon, simple medida útil. Más habría valido traducir vía canónica por standard way.

El artista en su laboratorio es libre, totalmente libre de su obra; pero gracias a ello aprende a distinguir lo posible e lo imposible. Nada le impide intentar fundir acero en una cocina de gas sin preparación ninguna ni moler cristal de roca con sus dientes como si fuera una avellana, por absurdo e inútil que esto sea. Pero traducir canon por rule equivale a sustituir la distinción entre posible e imposible por la de permitido y prohibido. Estas observaciones son válidas para la ciencia profana; en alquimia son esenciales ¡y más cuando se aplican a la Obra del Artista divino! La Torah dada por Dios a Moisés según comentario de todos los rabinos y Padres de la Iglesia era una vía canónica, una medida espiritual y ritual operativa y no una obligación, ni interna ni externa. Si se hubiera tratado de una imposición interior estaría urdida en nuestra misma naturaleza al igual que la gravitación forma la textura del espacio; si hubiese sido dictada como una lex exterior apremiante y castigadora ¿cómo pensar que no se hubiera creado su policía y que el castigo no haya seguido inmediatamente a la primera transgresión? ¿Habría sobrevivido el propio Moisés, él, que acababa de recibir grabado sobre las Tablas de piedra la sentencia "no matarás", y que ordenó la matanza de tres mil hombres en el



campo? ¿No fue el error de Moisés entender una revelación divina sobre los comportamientos más útiles al crecimiento espiritual del hombre como una ley del Faraón, como la distinción entre permitido y prohibido?. En cuanto a las "leyes de la naturaleza", las que son activas en el interior de los elementos del kosmoz, hombre incluido, su conocimiento y su respeto distinguen siempre lo posible de lo imposible.

Desde la prehistoria el hombre ha trazado senderos en bosques y montañas; sabe por razón que más vale seguirlos que perderse lejos del campamento al que trata de llegar o dirigirse directamente a un precipicio. Ningún guía iracundo y dictatorial le prohíbe salirse de la senda; es él quien reconoce la utilidad del trazado establecido por sus antepasados. Pero el hombre es libre, libre de abrir nuevos caminos, libre de retozar en los prados que los bordean y de oler en ellos las flores. Cuando en alquimia usamos la metáfora de la vía o el camino, y cuando la calificamos de canónica, entendemos proceso debidamente catalogados y cuyas dificultades fueron reconocidas y balizadas. Nada nos asegura que los hermetistas hayan seguido y descrito todas las vías posibles. Pero tenemos la certeza, nacida de la experiencia de todos los artistas, que apartándose de estas vías canónicas quizás se encuentren nuevas maneras fecundas de operar, aunque más seguramente se encontrarán peligros, callejones sin salida o caminos que no llevan sino a la inversión espiritual demoníaca.

Ello no impide que la libertad de la persona, que debe expresarse en su encaminamiento alquímico, sea intocable. La disciplina personal a la que se somete el artista por razón no tiene nada de autocensura. Como tan bien lo dice Jean-Aurel Augurelle<sup>74</sup>:

Sic alii, quos experiedno, maxima rerum  
Visere jam decuit summo quaesita labore,  
Angustum per iter, recto de tramite nunquam,  
Quas prius ingressi declinavare, nec ante  
Desinere optarunt, lucit quam tangere laetis  
Tandem exoptatum longo post tempore finem

"En cuanto a los otros, aquellos a los cuales, por su práctica, convino considerar de antemano lo que sería, al final, la más grande de las cosas buscadas por su trabajo, escogieron pasar por el sendero estrecho en el que primero se habían empeñado, sin nunca apartarse de la línea recta que pasa entre los atajos ni detenerse antes del fin, les fue así posible alcanzar por fin con alegría, tras un largo tiempo, lo que esperaban".

Por lo tanto se plegaron a la regla o al canon del arte porque se habían fijado

su fin tras haber presentido, por razón y no por obligación moral, por elección libre y no a la fuerza. Augurelle no denigra los atajos, no los prohíbe al alumno, simplemente subraya su inutilidad para el que quiere conseguir la Piedra. A estos atajos nosotros los llamamos particulares. No conducen al fin pero nada prohíbe al artista explorar algunos al pasar, aunque no sea sino para perfeccionar su conocimiento de la naturaleza o balizar para la posteridad los que no llevan a ninguna parte. Pero el tiempo le está contado al hombre Quien quiere llegar comprenderá con su razón que más vale limitar, incluso abandonar totalmente los vagabundeos para consagrar sus fuerzas a buscar la perla preciosa. Las reglas del arte, sacadas de la experiencia de los antiguos hermetistas y de la revelación divina no son más que un corpus de consejos prácticos para evitar perderse, nunca otra cosa. Como el código de circulación tratan de prevenir los accidentes y, si nos atenemos a ellos, de hecho aumentan la libertad de los viajeros y no de todos colectivamente sino de cada uno en su persona.

También la materia posee su libertad, que los físicos modernos han reconocido y experimentado como principio de incertidumbre o, mejor, de indeterminación. Mientras más se asciende por los reinos, más aumenta esta libertad. En el primer capítulo del Génesis el Artista divino opera según tres modos. Donde leemos "En el principio Dios creó...", usando un verbo también lícito para las obras del hombre, los rabinos judíos nos dicen que en hebreo bara, que no aparece sino en este texto y nunca más en otra parte, guarda todo su misterio pues no puede tener más que un sujeto: Dios. Sólo a continuación Él dice y lo que nombra aparece en el mundo en parto, después Él separa o, más literalmente, distingue. Los más grandes comentaristas piensan que este verbo bara designa el don de ser libre. No es utilizado en efecto sino en tres ocasiones: en el momento de la creación del caos primordial, cuando la aparición de los animales, cuando nace el hombre. Entre los dos primeros bara, en cada uno de los Días, Dios "vio que era bueno", aprobación casi pasiva o contemplativa, después del segundo bara y posteriormente tras el triple bara que suscita la humanidad, Dios bendice su criatura y pone así en el universo un sello operativo que le permite a éste "crecer y multiplicarse". En esta bendición reside toda la Gran Obra.